



SS

**SERVICIO
SECRETO**

ERNIE PARKER
**TANQUES PARA
TOBRUK**



ERNIE PARKER

Tanques para Tobruk

1.ª EDICION
NOVBRE.-1951

EDITORIAL BRUGUERA

Proyecto, 2 - T. 284453



BARCELONA (6)

TANQUES PARA TOBRUK

por
ERNIE PARKER



CAPÍTULO PRIMERO

El hombre que ocupaba un asiento junto a la ventanilla, en el interior del imponente «Liberator» que surcaba majestuosamente el espacio sobre el Atlántico Norte, sacó el pasaporte del bolsillo interior de su americana *sport*, y lo examinó con expresión ambigua en su rostro de facciones duras, que revelaban una voluntad indomable.

Leyó para sí:

Nombre: Patrick Hamilton.

Nació:

15 marzo 1915.

Natural de: Belfast (Irlanda).

Estado: Casado.

Profesión: Ingeniero industrial.

Residencia habitual: Londres.

Domicilio: 27, East Road.

Lo que no decía el pasaporte —pero lo denotaba su presencia— era que contaba con un asombroso caudal de energía e inagotable vitalidad. Era un atleta invencible, y poseía un cerebro privilegiado. A su formidable fortaleza física, unía una despejada inteligencia, y una extraordinaria capacidad de iniciativa.

Guardó el documento, sonriendo enigmáticamente. El único dato auténtico que figuraba en él, era su edad. Todos los demás, eran absolutamente falsos.

El «Federal Bureau of Investigation» le había dotado de una personalidad ficticia, convencional, para que realizase una importantísima misión secreta, de cuyo éxito final dependía, quizá, el curso de la guerra.

Por de pronto, se dirigía a Londres, para hacerse cargo de los planos de un estabilizador, adaptable al cañón de tiro rápido de que irían provistos los novísimos tanques «Gladiador», de sesenta toneladas, creados especialmente para la lucha en las arenas del desierto africano. Tales estabilizadores debían de ser fabricados en Norteamérica.

Y no sólo había que evitar, por todos los medios, que los agentes del espionaje alemán se apoderaran de ellos, sino que era preciso conseguir que ni siquiera llegaran a sospechar la existencia de tales planos y propósitos.

Miró su reloj. Hacía ya catorce horas que el majestuoso «Liberator» saliera de Washington en vuelo directo, y antes de medianoche llegarían a la capital británica.

Giró la mirada en torno suyo, posándola distraídamente en los más cercanos compañeros de viaje, que conversaban, leían o dormitaban.

La primitiva idea de habilitar un avión especial, fue descartada tras algunas deliberaciones. Era cosa de cubrir bien las apariencias para no despertar sospechas, y que su arribada a Londres tuviese carácter normal.

Él no era un enviado secreto del gobierno norteamericano, sino un hombre cualquiera, dedicado a sus propios asuntos, y que, como todos los que le acompañaban, viajaba a su entero riesgo. La compañía aérea declinó su responsabilidad por accidentes o ataque enemigo, y todos, antes de partir, habían firmado su renuncia a cualquier indemnización para sí o sus herederos.

Su intuición nunca habíale engañado cuando se trataba de penetrar en la verdadera personalidad de las gentes que veía, y quiso creer que, entre cuantos le rodeaban, no había nadie sospechoso.

Por otra parte, agentes de su departamento ya realizaron investigaciones acerca de las personas que solicitaron pasaje para aquel avión, y quedaban bien conocidas las actividades y vida privada de todos los viajeros.

Nadie con antecedentes o conducta dudosa, susceptible de ser considerado como peligroso para la seguridad nacional, hubiera podido filtrarse a través de la densa red tendida por los hombres del F. B. I.

Por tanto, todo inducía a pensar que nada era de temer en aquella primera fase de su actuación.

Sin embargo...

Una sutil sensación de peligro le inquietaba levemente. Diríase que presentía que, no obstante todas las precauciones, había allí «alguien» que pudiera malograr sus planes. Fue, desde luego, una impresión vaga e inconcreta, pero extrañamente persistente.

Debía, permanecer alerta.

Una hora más tarde, un crepúsculo prematuro envolvió la potente aeronave, que se internó en una espesa masa de niebla.

Ya no pudo salir de ella en lo que restaba de travesía. El avión volaba a ciegas; orientándose con los instrumentos de a bordo.

Y en tiempo de guerra, era sumamente peligroso navegar así.

Pasaron tres horas más, y la ansiedad y la incertidumbre hicieron presa en el ánimo de los pasajeros, que se veían abocados a un incierto Destino.

Un punto de orientación en la ruta escogida, hubieran sido las islas Scilly, más nadie había podido divisarlas a través del impenetrable telón de brumas. Y no era factible llamar al aeropuerto que se considerase más cercano, porque las comunicaciones por radio estaban sujetas a las restricciones que imponía la guerra, y hubiera sido temerario denunciar la posición del aparato.

Al fin, ya cerca de la media noche, el piloto creyó tener la evidencia de que seguía una ruta errónea, y viró bruscamente hacia el norte.

La rectificación de rumbo no pudo ser más oportuna. Sólo unos minutos más de vuelo en la misma dirección, hubieran colocado al avión en la vertical de las baterías alemanas de la costa de Bretaña.

Pero esto no lo supieron los pasajeros hasta que aterrizaron en Croydon. Ciertamente, la paulatina desviación de la ruta practicable, alejó sensiblemente al aparato de los accesos normales, por lo que penetraron en tierra inglesa siguiendo el rumbo habitual de los aviones germanos.

Así hubieran podido ser atacados por los propios cazas británicos, de no haberse apresurado el radiotelegrafista, tan pronto supieron que volaban sobre tierra amiga, a transmitir un mensaje en clave que especificaba su situación.

Durante el largo período de inquietud que sobresaltó a los pasajeros, Patrick Hamilton —que era, por naturaleza enteramente inaccesible a las sensaciones de miedo o angustia— se dedicó a observar disimuladamente las reacciones de sus compañeros de viaje. Bien pocos pudieron enmascarar su preocupación o nerviosismo.

Y Patrick concentró su atención en éstos, deduciendo que, de existir en realidad, forzosamente entre ellos se hallaba «el sospechoso».

Eran solamente tres, uno de ellos ocupaba un asiento del otro lado, mientras que los dos restantes, separados entre sí, hallábanse a cierta distancia.

Hubiera sido de mucha utilidad para orientar sus deducciones, poder saber quiénes eran, o fingían ser, y esto sólo podía averiguarlo examinando el registro de pasajeros, en uso de sus especiales atribuciones, o interrogando a una de las gentiles *stewardesses*. Mas, sabía que ambos procedimientos le estaban vedados: el primero, porque, aparentemente, él no tenía más autoridad que otro cualquiera para realizar tal gestión. El segundo, porque en modo alguno debía destacarse, convirtiéndose en el centro de una disimulada atención general.

Por tanto, sólo le era posible conseguir su propósito valiéndose de los medios usuales únicamente para entrar en contado con alguien. Y procuró interesar al más cercano en la conversación que mantenía con su vecino de asiento.

Tratábase de un hombre corpulento, de pelo rojizo e hirsuto bigote, con poderosas mandíbulas que le daban aspecto de perro de presa. Con singular habilidad, evitaba hablar de sus actividades, del lugar de su residencia y del objeto de su viaje.

Sacando la pitillera, ofreció cigarrillos a Pat y a su vecino. El agente del

F. B. I.,

se dispuso a dar fuego al desconocido, con un curioso encendedor de tamaño mayor que el usual, y forma algo rara, pero el chispazo no llegó a prender en la mecha. Enseguida se lo guardó, con gesto que expresaba decepción.

Poco después, diciendo que deseaba estirar un poco las piernas, Patrick salió al corredor, y avanzó en dirección a la escalerilla que

conducía al bar. Había advertido que, momentos antes, subió por ella otro de los individuos que le interesaban.

Efectivamente, acodado en la barra, se hallaba aún aquel hombre. Sus rasgos faciales revelaban claramente su ascendencia árabe, si bien vestía a la europea.

Había otras dos personas ante el mostrador, conversando entre sí. Aproximándose con andares indiferentes, Patrick se colocó entre ellas y el hombre que seguía.

Los vivaces ojos negros del árabe se fijaron un instante en el pseudo irlandés, cuando éste pidió un *whisky*...

Y la charla entre ambos surgió fácilmente.

Poco después, al disponerse a fumar, el raro encendedor de Hamilton volvió a funcionar. Mejor dicho, no pasó de ser un intento fallido como en la anterior ocasión.

Media hora más tarde, abandonaba la barra.

Nuevamente en la cámara inferior, Pat enriqueció su reciente conocimiento con un detalle: el nombre de su interlocutor del bar, Salah Elzaem Rahman, que se ostentaba en el portatarjetas pendiente de la valija, colocada sobre el asiento, ahora vacío, del árabe. Tales apellidos le hicieron pensar que, probablemente, era oriundo de Libia. Claro que bien podían ser falsos.

Y ahora fue el tercer hombre el que inició la conversación, al cruzarse con el agente del

F. B. I.,

en la puerta del diminuto salón fumador.

Poseía, sin duda alguna, una acusada personalidad. Su rostro de facciones enérgicas y sus ademanes resueltos, revelaban al hombre audaz y emprendedor, acostumbrado a imponer su dominio. Se mostró extrañamente espontáneo y comunicativo en sus manifestaciones.

A los pocos minutos, Patrick ya se había enterado de que era un opulento negociante sudamericano, que se dirigía a Inglaterra para concertar con el gobierno una importante operación de venta de caballos, destinados al ejército.

Y en esta ocasión, por tercera vez, falló también el curioso encendedor del agente secreto.

El sudamericano se extendió ampliamente ponderando su potente organización financiera. ¡Acaso no era notorio que el

nombre de Arístides Bolívar conocíase en el mundo entero!

«Otro nombre para mi colección de nombres falsos», pensó Pat, instantáneamente. Porque aun descartando la suposición de que aquel engreído sujeto careciera de interés para el servicio de contraespionaje, no dejaba de pensar que era un peligroso aventurero.

Los poderosos motores del «Liberator» habían enmudecido casi, y la gigantesca aeronave planeaba ya sobre el campo de aterrizaje.

Instantes después, Patrick Hamilton, ingeniero industrial, descendía la escalerilla y se encaminaba con los otros pasajeros hacia el principal edificio del aeropuerto, para someterse a los formularios trámites de sanidad y aduanas.

Entre tanto, grabadas indeleblemente en su cerebro las imágenes de los tres individuos que adujeron su atención, se preguntaba quién o quiénes de ellos podían significar en el futuro un estorbo para sus actividades.

Por sus especiales características, eran tres fisonomías inconfundibles, de las que no se olvidan. Y aunque así no fuese, sus semblantes habían quedado registrados en el microfilm que encerraba el original encendedor del pseudo irlandés.

CAPÍTULO II

Rehusando, la plaza que le correspondía en el autocar de la Compañía Aérea, Patrick Hamilton alquiló un taxi tan pronto salió al exterior.

De momento, sus pensamientos se concentraban en el sudamericano, el árabe y el hombre con cara de bulldog.

Evidentemente, el punto de mayor interés estribaba en saber si iban juntos, si les unía idéntica misión u objetivo, al menos a dos de ellos. Desde luego, él estaba seguro de que en toda la travesía no demostraron conocerse.

Y no es que le obsesionara la idea de ver espías en todas partes. Contaba con suficientes elementos de juicio para cerciorarse de que aquellos individuos desplegaban obscuras actividades, cuya naturaleza, sin embargo, no podía precisar.

Si en realidad estaban relacionados secretamente entre sí, ¿llegarían a fijarse en el detalle del encendedor que nunca se encendía? En ese caso, no era arriesgado contestar afirmativamente. Mas, fuera casi imposible llegar a sospechar que el bonito encendedor del joven ingeniero era una minúscula cámara fotográfica, construida ex profeso por los talleres de óptica adscritos al Departamento de Guerra, cumpliendo órdenes emanadas de la jefatura del

F. B. I.

¿Convenía seguir los pasos de los tres hombres? Sin duda alguna. Pero a Pat no le incumbía ahora tal misión. Antes al contrario, lo indispensable era ponerse rápidamente fuera del alcance de ellos u otros desconocidos, interesados en descubrir sus actividades.

Por eso habíase apresurado a subir al taxi. Y por eso también dio al chofer una dirección que le llevaría al pie de una de las paradas del autobús que iba a la estación de Marylebone, cerca de Regent's

Park.

Antes de llegar a ella, apeóse y entró en un bar. Luego, se encaminó deprisa hasta la más próxima boca del «tube». Ya en el subsuelo, realizó numerosos transbordos durante casi media hora, recorriendo en todos sentidos parte de aquel inmenso dédalo de comunicaciones subterráneas.

Cuando salió a la superficie y quedó envuelto en las densas brumas de la madrugada londinense, Patrick Hamilton tenía la certidumbre de haber desorientado a cualquiera que hubiera intentado seguirle.

Se hallaba ahora en Leicester Square, y con su habitual diligencia dirigióse a una cabina telefónica. Marcó un número y cogió el auricular.

Inmediatamente, se escuchó una voz al otro extremo del hilo.

—Hola, Joe —dijo Pat—. Se me ha estropeado el «cacharro». ¿Puedes mandarme tu coche a Lambeth Road, junto al puente? Espero allí.

Pero en lugar de ir hacia allí, el agente del
F. B. I.,

al salir de la cabina, fue a sentarse ante una mesa en la terraza, ya solitaria, de un café cercano. Había hablado empleando unas frases convenidas de antemano.

Diez minutos más tarde, un soberbio y silencioso «Rolls-Royce» aparecía por la calle de enfrente, y describiendo una pronunciada curva, se detuvo algunos metros más allá de donde estaba sentado Patrick.

Éste, con toda calma, había abandonado la terraza al ver aproximarse el negro y reluciente automóvil, y segundos después subía a él. Tan silenciosamente como llegara, el vehículo se puso en marcha, y a toda velocidad desapareció como engullido por la noche.

El soberbio automóvil se detuvo ante el número 10 de Downing Street. Y a los pocos instantes, el agente especial del «Federal Bureau of Investigation», era introducido ante el propio jefe supremo del «Intelligence Service».

Patrick Hamilton se refirió concisamente a los tres individuos que atrajeron su atención, exponiendo sus observaciones personales, que *Sir John Astor* juzgó acertadas e interesantes. Luego habló de

las precauciones adoptadas ya en Londres, para evitar que fuera seguido.

—He obtenido fotografías de los tres —terminó, mientras sacaba su precioso encendedor.

El jefe fijó en él la mirada de sus ojos penetrantes.

—Buen trabajo, Pat —dijo, tomando el objeto que el joven le tendía—. Sacaremos copias para someterlas a comprobación, e inmediatamente enviaremos el microfilm al

F. B. I.

—¿Cree que será de utilidad averiguar si el llamado Arístides Bolívar lleva a cabo su anunciada oferta de caballos para el ejército? —interrogó Hamilton.

—Puede hacerse —repuso *Sir* Astor, lentamente—, aunque dudo de la eficacia de tal gestión. Porque aún en el caso de que dijera la verdad en ese aspecto, nada demostraría su no participación en ciertas actividades punibles. He de añadir —concluyó, algo escéptico— que, de otra parte, carecemos realmente de elementos de juicio para clasificarlo como sujeto peligroso para nosotros.

—Ciertamente, *Sir* Astor. Sin embargo...

—Serán sometidos a vigilancia, desde luego —tras breve pausa, agregó—: Ahora urge que le instruya acerca de la más importante fase de su, misión, que a grandes rasgos ya conoce usted.

—Sí, poseo una somera información —admitió Pat.

—En las primeras horas del nuevo día, volverá a Washington en avión, llevando consigo los diseños relativos al estabilizador que ha de acoplarse al cañón de tiro rápido con que se dotará a los tanques superpesados «Gladiador».

—Significarán una ruda sorpresa para el enemigo —comentó el agente del

F. B. I.

—Indudablemente. El estabilizador proyectado permitirá fijar la puntería sin que el tanque haya de reducir su velocidad de 30 millas por hora, y ahora, la Junta de Producción de Guerra de los Estados Unidos tomará a su cargo la fabricación de tales piezas, a un ritmo tan rápido como conviene a nuestras perentorias necesidades actuales. Se impone forzar una decisión en tierras africanas, antes de que ataquen Tobruk —concluyó en tono más bajo, como si hablase consigo mismo.

—Llegarán a tiempo —afirmó el enviado especial, rotundo.

—Me satisface tal aseveración —declaró *Sir Astor*—. Bien. Debo notificarle que el «Special Intelligence Departamento» ha creído hallar una buena fórmula para garantizar la fácil y segura conducción de esos planos. Le pondré en contacto con el jefe del mismo.

Abrió el intercomunicador, y formuló una breve orden. Instantes después, un hombre de mediana edad y mirada vivaz e inteligente, apareció en el umbral. Traía un sobre, que entregó al jefe superior. Éste lo abrió, y después de hacer la presentación de ambos, puso el contenido sobre la mesa.

—Esto es lo que se confiará a usted, Hamilton —dijo. Y dirigiéndose al recién llegado, indicó—: Nuestro joven amigo emprenderá el regreso a Washington dentro de pocas horas. Explíqueme, Donovan, lo que se decidió hacer con los planos, en su forma primitiva, a los efectos de traslado.

Donovan tomó aquellos papeles, que tenían un tamaño muy reducido, y los mostró al agente especial del F. B. I.

—Vea. Se trata de fragmentos de un solo plano, que fue reducido a escala por nuestros servicios técnicos, trazando los diseños sobre este finísimo papel, muy consistente a pesar de su delgadez.

Patrick examinó con atención aquellos trozos de papel.

—Diría que tienen el tamaño de los últimos sellos conmemorativos —murmuró.

—¿Qué opina, Hamilton? —inquirió *Sir Astor*—. ¿Desea hacer alguna sugerencia?

—Sí, señor. Se halla aún en curso una emisión de sellos de correo conmemorativos, que se caracterizan por lo sugestivo de su grabado y lo grande de su tamaño. Cada ejemplar cubriría perfectamente uno de estos fragmentos.

—Continúe, Hamilton —invitó el jefe supremo, interesado.

—No sé si puede ser factible realizar lo que se me ha ocurrido, ni siquiera si el truco resultaría efectivo —manifestó el aludido—. Pero si se pudiera transcribir o calcar esos diseños fragmentarios en sobres que luego se franquearían con los sellos de que hablaba.

—Pero eso requeriría más tiempo del que disponemos —objetó

Donovan, aunque en el fondo no le desagradaba la idea—. Y además, habría que emplear demasiados sobres, lo que para los efectos de ocultación no sería muy conveniente.

—Déjele que exponga todo su plan, Donovan —atajó *Sir Astor*—. Acaso sea realizable.

Hamilton había cogido los fragmentos y los extendía encima de un sobre tamaño comercial, como si se tratase de las piezas de un rompecabezas. Había ocho que, colocados en tal forma, rebasaban ligeramente la superficie del sobre. Sacó otro, y retirando del primero los cuatro trozos que ocupaban su parte inferior, los colocó sobre la mitad superior del segundo.

—Vean ustedes —señaló—. Todo se reduce a utilizar dos sobres, en cada uno de los cuales queda suficiente espacio para anotar la dirección del destinatario. Éste sería yo. El remitente, un amigo mío residente en Escocia, por ejemplo, que conociendo mi apasionamiento por la filatelia, me escribe dos cartas para obsequiarme con la serie completa de sellos conmemorativos, inutilizados con auténticas estampillas que acreditan su paso por las oficinas de Correos, circunstancia que, en sellos de esta índole, es muy estimada por los coleccionistas.

—Creo que es un hallazgo feliz el suyo, Hamilton —comentó *Sir Astor*, siempre parco en prodigar elogios.

Donovan también había captado la idea, que le pareció buena, y advirtiéndole que su superior estaba predispuesto a llevarla a la práctica, preguntó:

—¿Hasta cuándo puede demorarse la partida de *Mr. Hamilton*?

—¿Qué tiempo puede necesitar usted para desarrollar ese proyecto? —inquirió, a su vez, el jefe superior—. ¿Cree que presenta muchas dificultades de orden técnico?

—Todas pueden ser superadas —aseguró Donovan—. La más importante es la que se refiere al engomado de los sellos sobre el diseño, pero en nuestros laboratorios sabrán resolverla satisfactoriamente, para obtener un fijado perfecto, sin detrimento de aquél. Y creo que dentro de diez horas puede estar todo listo.

—Bien. Entonces todo se reduce a diferir la salida hasta primera hora de la tarde. Puede empezar a movilizar a sus especialistas, Donovan. Aceptamos la sugerencia de nuestro amigo. No menosprecio la sagacidad de los espías que pueden seguir nuestros

pasos, pero creo firmemente que jamás buscarían unos planos bajo los sellos de dos cartas.

Donovan asintió, y tendió la mano a Pat, disponiéndose a salir.

Al cabo de unos instantes, el, americano se levantó.

—Creo, señor, que será hora de que me retire. Quedo a sus órdenes.

Sir Astor abandonó también su asiento.

—Saldrá de aquí en coche cerrado —anunció— que le conducirá hasta el interior del garaje de «su residencia» del número 27 de East Road. Procure dormir cuanto antes. Desde allí se trasladará al aeropuerto por sus propios medios, empleando las consabidas precauciones. El avión saldrá a la una de la tarde. A mediodía recibirá la serie de sellos conmemorativos —le tendió la mano, con gesto efusivo—. Adiós, Douglas. Y mucha suerte.

—Gracias, *Sir Astor*. Confío en ella.

Era aquélla una de las raras ocasiones en que el «Federal Bureau of Investigation» norteamericano, y el «Intelligence Service» británico, trabajaban unidos para la consecución de un mismo fin. Lógicamente existía entre ambos organismos un afán de emulación que a veces se traducía en una franca lucha, de competencia, que tenía por objeto alcanzar una absoluta hegemonía en ciertos asuntos de carácter vital.

Pero conforme avanzaba la guerra, y desde el momento en que los Estados Unidos intervinieron activamente en ella, fueron eliminados también en este aspecto todos los puntos de fricción, entablándose una decidida y cordial colaboración frente al enemigo común.

CAPÍTULO III

Aquella noche, *Sir John Astor* también durmió poco.

A primera hora de la mañana volvía a entrar en su despacho, y poco después, atendiendo las órdenes que diera a través del intercomunicador, una mujer rubia compareció ante él.

Era joven, de rostro muy lindo. Tenía un cuerpo escultural, y un atractivo extraordinario. En sus ojos grises, cautivadores, se reflejaba decisión y audacia, seguridad en sí misma. Tales eran los rasgos más sobresalientes de *Judith Sterling*, agente móvil del «Intelligence Service».

—La he llamado, *Judy* —manifestó el jefe—, para confiarle una misión importante —sacó un sobre oblongo de uno de los cajones de su mesa, y lo alargó a la muchacha, diciéndole—: Contiene los planos de un estabilizador adaptable al cañón del moderno tanque «Gladiator». Tal pieza ha de ser construida en Norteamérica, y usted se encargará de llevar este sobre a manos del presidente de la Junta de Producción de Guerra.

Judith lo tomó, y preguntó con voz firme, que tenía, no obstante, una acariciante musicalidad:

—¿Hay instrucciones particulares, *Sir Astor*?

—Ninguna en lo que concierne directamente a lo expuesto. Dejo libre campo a su fértil iniciativa y reconocida sagacidad, para librarse de peligros y superar dificultades... que pueden surgir a su paso con sorprendente prodigalidad, se lo advierto.

Judith Sterling sonrió.

—Me lo figuro... Y no me inquieta en absoluto.

—Su misión tendrá dos aspectos, *Judy* —continuó—: el que ya conoce y otro complementario, aunque íntimamente relacionado con aquél. En el avión que tomará usted a la una de la tarde, viajará también un individuo llamado *Patrick Hamilton*, irlandés, cuya profesión conocida es la de ingeniero industrial —tendiendo a la

joven una fotografía y una cartulina, añadió—: Grabe en su mente este rostro. Los datos reseñados en la ficha de filiación, facilitarán su cometido. Vigílele discretamente. No tenemos ningún cargo contra él, pero nos interesa saber qué hace y con quién habla, quién se le acerca. Que no sospeche que usted le vigila. Si se fija en usted, déjese galantear. Así su labor resultará más sencilla.

—Procuraré desempeñar bien el papel de pícara ingenua — prometió, con maliciosa sonrisa—. ¿A quién debo informar acerca de mis observaciones sobre él?

—Salvo en casos de importancia excepcional, en que utilizara el conducto acostumbrado, debe reservárselas para darme cuenta de ellas personalmente. Y haré resaltar que su actitud respecto a Patrick Hamilton ha de ser enteramente pasiva, sin que por ningún concepto haya de coartar su libertad de movimientos.

Judith quedó sumida en honda perplejidad. Le parecía todo aquello demasiado oscuro, aunque estaba acostumbrada a cumplir fielmente las órdenes que recibía, por absurdas que a simple vista pareciesen.

—¿Ha comprendido bien todos los extremos de su misión? — preguntó el jefe del «Intelligence Service» ante su silencio.

—Sí, *Sir* Astor. Ya sé lo que debo hacer en cada momento — afirmó, rotundo.

Habiéndolo demorado adrede, él le mostró una ampliación de las tres fotografías obtenidas por el norteamericano en el «Liberator», y advirtió:

—Guárdese de estos hombres. Pueden ser peligrosos.

Tan pronto Judith Sterling, el experto y dinámico agente móvil, abandonó el despacho de su jefe, éste requirió la presencia de un tercer personaje: Augustus Watt.

Era un hombre alto y delgado, pero en cuya fibrosa textura se adivinaba una fortaleza extraordinaria, cualidad que parecían confirmar sus negros ojos vivaces, dotados de extraordinaria penetración y movilidad. Su rostro anguloso e inteligente, revelaba austeridad y dominio. Aparentaba unos cuarenta años.

Augustus Watt era un antiguo elemento de acción dentro del Servicio de Información británico, y su presencia era obligada en las ocasiones trascendentales.

—Ha llegado el momento de actuar en el que denominamos

«caso Gladiator» —dijo el jefe supremo—. Supongo, Watt, que tiene bien presentes todos los antecedentes que le di.

—En efecto, señor.

—Todo está ya dispuesto, y creo que se han previsto todas las contingencias —aludió concisamente a las entrevistas celebradas con el agente especial del

F. B. I.,

y con la rubia Judy, y terminó diciendo—: A usted le incumbe velar por los dos. Usted será el único nexo entre ellos y nosotros.

—De acuerdo —manifestó Augustos Watt.

—Es evidente la razón de que ambos deben ignorar que son colegas y laboran por la misma causa. Él se desenvolverá con mayor libertad e independencia, sin la desagradable sensación de que sus actos son fiscalizados, o que se le presta una ayuda o protección que no ha pedido ni desea. Ella no será así responsable de alguna inconsciente mirada de inteligencia que podría ser captada por un sagaz observador, malogrando el plan tan cuidadosamente elaborado.

—Comprendo. Ella es el cebo, el señuelo que atraerá la codicia de los espías que siguen subrepticamente nuestros movimientos.

—Exactamente —corroboró *Sir Astor*—. Lo siento por Judy, pero era la única forma de desviar de Hamilton toda atención, hasta conseguir que se descarte la suposición de que trabaja para nosotros. Debemos garantizar su seguridad, y con ella, la de los diseños de que es portador. Y con ese mismo objeto he indicado a la muchacha que le vigile discretamente. Cualquier agente enemigo que observe su actitud, dejará de ocuparse del norteamericano para concentrar en Judy su interés. Ésta lleva consigo unos planos falsos.

—Así es de esperar buenos resultados de la estratagema.

—Su labor será ingrata y anónima, Watt —prosiguió diciendo el jefe—, porque usted siempre permanecerá en la sombra, en segundo término. No intervendrá a menos que sea del todo indispensable, y tratándose de Patrick Hamilton, creo que pocas ocasiones pueden presentársele para actuar. Sólo en el caso de que sea víctima de atentado o agresión que no pueda repeler, debe darse a conocer a él, para hablarle de la «serie de sellos conmemorativos».

—Lo tendré muy en cuenta.

—En el avión que les llevará a Washington, usted desempeñará

el empleo de *steward*. Ya tiene reservada la plaza, y usted ha de presentarse a las oficinas de la compañía como un simple aspirante al puesto. Así podrá moverse por todo el avión con absoluta libertad, sin inspirar sospechas. Después, en la capital de los Estados Unidos, y siguiendo todas las andanzas de nuestra joven pareja, usted se desenvolverá a su entero arbitrio, adoptando la personalidad o posición que estime conveniente.

—Creo que será una comedia interesante —comentó Watt, humorísticamente—. Apuesto un soberano a que ya siguen los pasos de la rubiales, porque sin duda alguien ha olfateado que en Washington nos esperan.

CAPÍTULO IV

El pronóstico que sagazmente había formulado Augustus Watt y que en su interior compartía el propio *Sir Astor*, quedó confirmado en la realidad.

Sí, Judy fue seguida de cerca a partir del momento en que transpuso el umbral del número 10 de Downing Street. Y ella misma se dio cuenta de que era así, de que seguían sus pasos, y no era mera coincidencia el hecho de que aquel hombre alto y distinguido, de rostro cetrino y ojos de árabe, llevara la misma dirección, una dirección que no quedaba bien definida, porque la muchacha, en un empeño que pronto calificó de fútil, pretendió despistarlo trazando un amplio zigzag a través de las calles.

Pero era, sin duda, un hábil rastreador, que conocía todas las tretas. Además, poseía, sin duda, una vista de lince y el fino instinto de un sabueso.

Judith Sterling pudo tomar un taxi para substraerse a aquella persecución, más no estaba muy segura de conseguirlo, y antes que demostrar un afán desesperado de huir, prefirió conocer las intenciones del desconocido, afrontar abiertamente su presencia.

De pronto, al doblar una esquina, se detuvo ante un atractivo escaparate, fingiendo contemplarlo, mientras apretaba maquinalmente contra sí, el bolso que contenía los planos entregados por su jefe.

Instantes después, el elegante y enigmático sujeto estaba junto a ella, que vio su figura reflejada en la luna del escaparate.

Se volvió bruscamente hacia él, interpelándole con la mirada.

—Perdón, señorita —dijo el desconocido, llevándose la mano al sombrero con negligente ademán—. Creí conocerla.

—¿Y por eso me ha seguido a través de la ciudad? —preguntó ella, desabrida.

—No tenía cosa mejor que hacer —repuso, en tono ligero.

—¿Qué se propone? ¿Por qué me persigue? —interrogó Judith, resuelta a ir al fondo del asunto.

De súbito, sintió un vivo e irrazonado temor. Aquel hombre, un árabe evidentemente, era uno de los tres cuyas «fotos» le mostró *Sir John*. «Guárdese de ellos». Y ahora, aun en aquella calle tan concurrida, se hallaba casi a su merced. Podía ser raptada por él. Podía arrebatarse el bolso, al menos, y todo se perdería en un instante, de la manera más tonta.

Estos pensamientos pasaron por su mente con la celeridad de un relámpago, y la clara certeza del riesgo que la acechaba, la galvanizó. No se libraría de él pretendiendo huir, aunque llamara a un taxi.

Un policía que pasaba cerca, le sugirió el medio de evadir la enojosa presencia.

—¡Por favor, señor agente! —llamó, con amable sonrisa—. Líbreme de este pelmazo, que no sabe respetar a una mujer casada.

El árabe arqueó una ceja, y su faz inescrutable reveló cierta extrañeza.

—Soy extranjero —dijo— e ignoraba... Desde luego no suponía que pudiera molestar así a esta señorita.

—Pues ya ha visto que sí —replicó el policía, mirándole de hito en hito.

Judith Sterling, aprovechó la coyuntura para escabullirse. Y mientras se alejaba, apretando contra sí el bolso con su precioso contenido, sonrió regocijada. Utilizando un recurso casi pueril, se había librado de su peligroso enemigo.

Pero aquello solo significó un respiro momentáneo, un respiro que en realidad duró el breve tiempo que Judith estuvo en su departamento, preparando el equipaje.

Porque cuando salió a la calle, una rápida mirada en derredor, le permitió advertir que seguía vigilada. No se trataba del elegante árabe, mas aquel hombre apoyado en la pared frontera, con gesto negligente, como si no tuviera cosa mejor que hacer que dejarse acariciar por el tibio sol, aguardaba sin duda que ella apareciese.

Y al mirar de soslayo, volviendo ligeramente la cabeza cuando iba a torcer la esquina, observó que se había puesto en movimiento cachazudamente, yendo tras ella.

Judith aceleró el paso, hasta ganar la próxima parada de

autobús. Desdeñó los taxis que cruzaban cerca de ella, como también el que estaba parado, libre, junto a la acera de su casa, unos metros más abajo. Tampoco quiso telefonar desde su departamento, pidiendo uno. Había que rehuir cualquier posibilidad de riesgo, y era evidente que su persona atraía demasiado la atención.

El desconocido consiguió tomar el mismo autobús al que subiera ella, pero ya no le importaba. Descendió minutos más tarde, después de hacer señas a un automóvil verde que se detuvo junto al autobús ante un cruce, atendiendo la señal de detención de tráfico.

Había reconocido en el conductor a un viejo amigo, gran admirador suyo, que asistía a menudo a sus exhibiciones de maniquí, profesión que encubría sus actividades secretas.

El coche verde se había inmovilizado en la primera parada del autobús, y Judith se apeó de éste para instalarse al lado de su amigo, que ya había abierto la portezuela.

A su perseguidor no le pasó inadvertida la maniobra, y descendió a su vez, pero en el breve espacio de tiempo que empleó en acercarse, obedeciendo su apremiante señal, el taxi que seguía al autobús —el mismo que aguardaba junto a la casa de Judith—, el automóvil verde había desaparecido a toda velocidad.

Después de amigable coloquio en el coche con quien tan oportunamente surgió a su alcance, Judith se halló ante el edificio principal del aeródromo.

Sentíase contenta y satisfecha, libre ya de preocupaciones, y se despidió efusivamente de su admirador, que lamentó la circunstancia de que las exigencias de su profesión la obligasen a realizar aquella gira por América. ¡Era tan arriesgado lanzarse al espacio en aquellos días!

Minutos después, la hermosa rubia ocupaba su butaca en el avión, exhalando un suspiro de alivio.

Pero su tranquilidad duró poco. Lo que tardó en inclinarse ante ella una elevada silueta masculina.

—Bendigo el azar que me depara la dicha de volver a verla —le dijo, enfáticamente, una voz cuyas modulaciones no podía olvidar—. Y más aún la casualidad que nos convierte en compañeros de viaje.

Judith Sterling alzó los párpados, lentamente.

El enigmático árabe estaba contemplándola. El árabe cuyo nombre conocido era Salah Elzaem Rahman.

CAPÍTULO V

En su eventual residencia de East Road, Patrick Hamilton fue despertado de su pesado sueño por el reloj despertador de pulsera, a las doce menos cuarto.

Había terminado de afeitarse, y se disponía a darse una estimulante ducha fría, cuando sonó el timbre de la puerta. Salió a abrir. Era el cartero, que le traía dos cartas... dos cartas franqueadas con sellos conmemorativos, que ocupaban la mitad superior de cada sobre. Entre ambos, reunían una serie completa.

Después de abrirlas, sonriente, las guardó en el bolsillo interior de su americana. Terminó su aseo personal y dio un vistazo a su reducido equipaje.

A las doce y cuarto abandonó el piso, y con ostensible calma, silbando despreocupadamente, se alejó calle abajo. Había comprobado con sagaz ojeada, que no había nadie a la espera.

En un momento dado, detuvo un taxi que pasaba por una calle transversal, y dio la dirección del aeropuerto.

El avión que emprendería poco después el vuelo hacia Norteamérica, era un soberbio «Constellation». Cuando subió a él, comprobó que había pocos pasajeros. Sí, los caminos del aire eran inseguros, porque había tomado nuevo incremento el potente asalto aéreo a la fortaleza inglesa.

Ya instalado, giró una detenida mirada en torno suyo. No había rostros conocidos. Antes de llegar definitivamente a tal conclusión, sus ojos se fijaron con mayor intensidad en un rostro cetrino, de facciones que parecían talladas en granito. ¡Era el árabe que llegó de Washington en el mismo aparato que le trajo a él! Patrick arqueó una ceja. Era su más elocuente gesto de sorpresa.

Para ser coincidencia, resultaba demasiado notable. ¿Y si no lo era? Un amplio interrogante abríase ante él. No pudo contestárselo, pero presintió que aquel viaje sería pródigo en emocionantes

sorpresas.

En aquel instante, su despejado sexto sentido le advirtió que unos ojos le estaban mirando insistentemente. Ladeó un tanto la cabeza, con fingido movimiento natural, y sus pupilas se hallaron con otras femeninas, las más hermosas que jamás viera La mujer retiró enseguida la mirada, pero Patrick Hamilton no pudo desechar la sensación de que aquella mirada encerraba alguna desconocida intención.

Los poderosos motores habían empezado a roncar y las hélices cortaban el aire en su girar vertiginoso. Poco más tarde, al mirar hacia abajo a través de la ventanilla, el agente del

F. B. I.,

divisó a unos cientos de metros, la cuadrícula multicolor del terreno.

Pronto se hallarían sobre el mar.

Habían comido ya, y la voz del *steward* ofreciéndole cigarrillos, le sacó de su abstracción.

Le miró, distraídamente. Era un hombre alto y delgado, que aparentaba unos cuarenta años. Y en su rostro anguloso e inteligente, destacaba la vivacidad de sus ojos negros.

La primera impresión que tuvo Patrick, al verle, fue la de que su aspecto no era el de un simple camarero. Era una sensación vaga e indefinible, pero certera, a pesar de que nada notábase en su actitud, gestos o miradas, que lo justificara. ¿Acaso no era suficientemente diestro en su oficio? Sí, desde luego, pero Hamilton estaba seguro de que aquel hombre no era lo que aparentaba. ¿Cuál sería, en realidad, el motivo o finalidad de su presencia allí?

Por un momento, Pat temió que una desmesurada suspicacia le arrastrase a juicios o suposiciones erróneos. Y llegó a pensar que se hallaba bajo los efectos de una exacerbación del sentido de responsabilidad, motivado por las circunstancias.

Porque realmente la cosa se presentaba bastante animada, con la reaparición del árabe, la atención mal disimulada que le dedicaba la muchacha rubia y ahora, la presencia del extraño camarero.

Todo aquello no era nada normal. Su aguzado instinto se lo afirmaba. Debía permanecer muy alerta.

Se hallaba ahora en la plataforma, fumando un cigarrillo, con la mirada perdida en el espacio a través del amplio ventanal.

—¡Cuánto celebro que volvamos a ser compañeros de viaje! — exclamó alguien a sus espaldas.

El pseudo Patrick Hamilton se volvió, hallándose ante el sonriente rostro de Salah Elzaem Rahman.

—Sí, es siempre preferible hallar conocidos —manifestó el agente secreto, con indiferencia.

En aquel instante, adoptó la decisión de llegar al fondo del asunto. Si el árabe se declaraba enemigo, peor para él.

—Se advierte enseguida que usted es un hombre dinámico — insinuó Salah—. Sólo unas horas en Londres, después de cruzar el Atlántico, y vuelta a empezar.

—¡Diablo! Pues usted no me va a la zaga, ciertamente.

—¡Oh, la tiranía de los negocios!... —Ponderó, con gesto de cansancio.

—Comprendo —hizo una breve pausa, y declaró—: Mi nombre es Patrick Hamilton.

—Yo soy Salah Elzaem Rahman. He vivido mucho tiempo en el Norte de África, pero ahora soplan por allí vientos desapacibles...

Interrumpióse y Pat lo lamentó, porque la conversación le interesaba, pero la rubia iba acercándose de paso hacia el bar, seguramente, y toda la atención del árabe se concentró en ella.

—He aquí una hermosa mujer... —señaló, con aquel tono enfático que debía ser habitual en él—. Le confieso que me ha fascinado.

Avanzó unos pasos para salir a su encuentro. Se inclinó galantemente ante ella, y dijo:

—Permítame que le presente a un amigo. ¿Podré contar con la felicidad de su grata compañía?

Ella hizo un mohín ambiguo, y se dejó conducir.

Tras los saludos, de rigor, Patrick fijó en Judith una mirada taladrante, inquisitiva, como si quisiera penetrar en lo más hondo de su ser, y la muchacha no pudo reprimir un estremecimiento.

—Salah Elzaem se muestra rendido admirador de usted — comentó el ingeniero, jovialmente—, y ahora, al conocerla, comprendo que su entusiasmo no es injustificado.

Ella esbozó una sonrisa.

—¿Y le ha explicado también que desde hace unas horas viene asediándome materialmente? —preguntó resuelta. Se volvió hacia

el árabe, que la contemplaba con una luz extraña e indescifrable en sus pupilas, y manifestó—: Por cierto que siento verdadero interés en conocer la razón de ello.

—Acaso busque en usted, algo que sólo usted puede darme.

La audaz y enigmática respuesta no desconcertó a Judith, que sabía ya a qué atenerse.

—No comprendo —contestó en tono ligero—. Usted no me conocía cuando se lanzó a perseguirme.

—¿No cree que eso sólo puede ser una suposición suya? —inquirió Salah, rápidamente.

—Tengo la certeza de ello —afirmó la muchacha, sin vacilar.

—Una mujer tan bella como usted, no debe sorprenderse de que un hombre abandone su camino para seguirla —terció Patrick, con estudiada vehemencia.

—Creo que se equivoca —apuntó Salah. Y añadió, volviéndose a ella—: Mi camino es el suyo, señorita. Lo comprendí ayer.

—No le quiero conmigo. Sépalo de una vez, Salah Elzaem —replicó ella con cierta dureza, irritada por aquella insultante seguridad de que hacía gala.

—¿Podré esperar ser yo más afortunado, Judith? —preguntó Pat, maliciosamente.

—Creo que no —respondió la hermosa rubia, lacónicamente.

—Entonces, me habré engañado, ya que llegué a pensar que le interesaba. Al menos, así me lo dio a entender su modo de mirarme antes.

Judith sintió arder sus mejillas, pese a su peculiar dominio, a su insensibilidad a los halagos masculinos.

—Es usted muy imaginativo y presuntuoso —opino sonriente, disfrazando su rara turbación.

—Quizá —admitió él, imperturbable—. Pero también soy tenaz, como buen irlandés.

—Veo que estoy entre dos fuegos... —siguió bromeando ella.

Salah se había desentendido de ellos en los últimos momentos. Había ladeado la cabeza hacia el amplio ventanal, y ahora escrutaba atentamente el exterior.

—Sus palabras, Judith, se aproximan a la realidad —murmuró, volviéndose ligeramente hacia ella—. Llevamos un aparato alemán casi pegado a la cola —anunció luego, con voz sin matices.

Tras la sensacional revelación, siguió un momento de angustiosa suspensión.

El agente del

F. B. I.,

fue el primero en reaccionar y pegó su rostro al cristal.

Era bien cierto. La inconfundible silueta de un «Messerschmitt» se perfilaba en el azul, a distancia relativamente corta del avión en que viajaban.

¿Qué ocurriría ahora? La suerte estaba echada.

Con un fulgor sombrío en los ojos, miró a la muchacha y al árabe. ¿Cuál de ellos era responsable de la emboscada que se les tendía? ¿Se proponían abatir el «Constellation», para que desapareciese él con los planos, o intentarían capturar el avión para hacerlo prisionero? Mas ante todo, ¿cómo podían saber que él era portador de los diseños? En Londres, nada le hizo suponer que alguien sospechara, pero aquí, en el avión...

Una intensa palidez cubría el hermoso rostro de Judith, más no denotaba agitación interior.

La faz del árabe era inescrutable Sin duda tratábase de un hombre avezado a los más temibles riesgos, y por tanto, era imposible saber si le inquietaba o le satisfacía lo que se avecinaba.

Entre tanto, Augustus Watt, el servicial y diligente *steward*, observaba a los tres con encubierta atención. Había advertido el peligro, y ahora, con paso mesurado, se dirigió a la cabina del piloto.

CAPÍTULO VI

En la cabina de mando ya habían advertido la peligrosa proximidad del aparato enemigo.

Poco antes, el radiotelegrafista avisó al piloto, señalando el espejo retrovisor:

—Observe, Collins, ese aparato que parece seguirnos.

Tras experta ojeada, comentó el aludido:

—Tiene todas las trazas de un caza alemán.

—Así lo creo yo también. ¿Podremos evadirnos?

—No es nada fácil. Viene rectamente hacia nosotros. Informaré a la Base Militar de Plymouth.

Se acercó el micro a la boca, y empezó a transmitir, en clave.

—C7, en vuelo, llama a «Nodriza»... —empezó a decir. Repitió la llamada, y la contestación llegó enseguida.

—«Al habla, “Nodriza”. Le escucho».

—Nos persigue un «Messerschmitt 109». Huida imposible.



—Nos persigue un Messerschmitt. Huida imposible.

—«Describa posición propia».

—48 grados 25

minutos latitud norte; veintidós grados 50 minutos longitud oeste.

—«Regrese a máxima velocidad. Recibirá socorro».

—Tuerzo rumbo.

—«Sigo a la escucha. Mantenga comunicación».

En aquel momento apareció Augustus Watt en la puerta de la carlinga.

—Urge informar al «Foreign Office», Collins —le dijo—. ¿Quiere alargarme el micro?

El piloto atendió la solicitud, y el falso camarero cursó la llamada.

—*Hello Zenit... Hello Zenit...* Habla Watt...

—«Aquí Zenit —contestaron—. Transmita».

—Peligro inminente colisión meteoro. Consulten «Nodriz».

—«Quedo informado. Cierro».

El lacónico mensaje, transmitido en clave, era sin embargo suficientemente expresivo para el hombre del «Intelligence Service» que lo captó. Inmediatamente se coordinaron diversas medidas de urgencia, y la radio y el telégrafo transmitieron múltiples órdenes.

La brusca sacudida, seguida de un fuerte crujido y una intensa vibración, que experimentó la aeronave cuando el piloto recibió la última orden de la Base Aérea, levantó materialmente en vilo a todos los pasajeros, y produjo la consiguiente alarma.

En una audaz maniobra, que revelaba su amplio dominio de los mandos, Collins —piloto militar, designado para este vuelo por orden expresa del Ministerio de la Guerra— descendió casi en picado, y después, trazando un cerrado ángulo a toda velocidad, disparó el avión como una flecha en dirección contraria a la que llevaba.

Así, en pocos instantes cruzó a larga distancia del «Messerschmitt», que, advirtiendo la estratagema, se lanzó nuevamente en su persecución.

Fue entonces cuando lo divisaron todos los pasajeros, que se habían apresurado a obedecer la orden de abrocharse los cinturones de seguridad. Y ante la inquietante proximidad de aquel aparato, que alguien entendido calificó de caza alemán, levantóse una tempestad de encendidos comentarios, que expresaban el nerviosismo del angustioso momento.

Entre tanto, los tres principales personajes permanecían en el mismo punto. Habían procurado asegurar el equilibrio cuando fue preciso, y trataban mutuamente de penetrar en las ocultas reacciones de cada uno.

—¿Qué opina de esto, Judith? —interrogó el agente del F. B. I.

Ella conservaba una extraña serenidad en tan críticas circunstancias, lo que no dejaba de sorprenderle y admirarle.

—Que si hubiera podido sospecharlo, no embarco —contestó rápidamente, procurando dar a sus palabras un tono festivo.

—Pues yo no quiero que se me tilde de cobarde, pero comparto plenamente su opinión —manifestó Patrick.

—¡Esos diablos...! —masculló Salah, crispando las mandíbulas.

Patrick clavó en él una mirada inquisitiva.

—¿No le parece raro que operen tan lejos de sus bases del Canal? —le preguntó, con aire de completa ignorancia.

—Desde luego. No pueden cargar suficiente combustible para un *raid* tan extenso —afirmó el árabe.

—¿Entonces?... —insinuó la muchacha.

—Sin duda ese avión ha sido lanzado con catapulta desde la plataforma de un submarino, o desde un pequeño portaaviones transformable en inofensivo mercante de país neutral —respondió Salah Elzaem, que se revelaba perfecto conocedor de aquellos ardides.

—Pero tan espectacular despliegue de fuerzas no se realizará sin una finalidad importante —apuntó Patrick, sinuosamente.

El otro picó el anzuelo.

—Evidentemente. Sin duda viaja con nosotros alguien que los del Tercer Reich tienen singular interés en atrapar —declaró con frialdad. Y se apresuró a añadir—: Y todos nosotros quedamos expuestos a imprevistas consecuencias.

—Pero ¿quién será? —preguntó Judith, con bien fingida curiosidad.

—¿Y quién les habrá dado la confidencia? —inquirió Pat, por su cuenta—. Quisiera verle aquí metido.

Los tres se miraron entre sí con instintivo recelo, por muy diferentes razones.

Hamilton y la muchacha coincidían en sus sentimientos de odio hacia el árabe, con quien se veían obligados a contemporalizar; por su parte, Salah escrutaba atentamente todos los gestos de Judith, y no dejaba de vigilar al pretendido ingeniero. Éste, a su vez, sospechaba de la joven, sin adivinar que en ello había mutua reciprocidad, pues

Judith sentía creciente desconfianza por él; suponía que estaba aliado con Salah Elzaem.

Una compleja trama de obscuras sospechas, que envolvía a los tres en sus espesas mallas.

—¿Escaparemos? —preguntó ella, rompiendo el pesado silencio saturado de angustiosos interrogantes.

Un silencio que resultaba más tenso y dramático en contraste con la confusa algarabía que se había desatado entre los demás.

—Me temo que no —declaró Salah Elzaem, con escalofriante brevedad.

Patrick Hamilton nada dijo.

En realidad, hasta entonces mantuvo aquella conversación con el afán de olvidarse de sí mismo, de acelerar el paso de aquellos minutos agobiantes.

Se ahogaba de impotencia, y ponía a prueba su gran dominio para disimular su estado de ánimo. Sabía que él nada podía hacer, que no podía siquiera lanzar un mensaje de aviso, porque su papel de pasajero anónimo, no debía alterarse por ningún concepto.

Y ahora, a pasos agigantados se acercaba el inevitable desenlace, mientras el poderoso «Constellation» impulsado por cuatro motores, que desarrollaban su máxima potencia, surcaba el aire tan raudamente como si hubiera de batir un récord.

Pero no era un récord de velocidad, precisamente, sino el de la propia supervivencia.

CAPÍTULO VII

La situación no podía durar mucho, porque el caza era mucho más rápido.

Tan pronto como el «Constellation» cruzó centelleante bajo él, el caza emitió un mensaje de aviso, que fue captado por los tripulantes del avión inglés.

«No intenten huir. Están bajo el fuego de nuestras ametralladoras».

Pero la intimidación no fue atendida. El piloto británico tenía ya órdenes concretas, y confiaba obtener un brillante rendimiento de su aparato.

Transcurrieron unos instantes, impregnados de densa emoción. Los del «Constellation» sabían que la amenaza no era vana, y que era inminente la catástrofe. Pero aún esperaban que llegara la prometida ayuda. Y aunque así no fuera, sabían que su deber de patriotas era impedir que el aparato fuera capturado por el enemigo.

Un siniestro chasquido, seguido de otros varios, anunciaron la primera rociada de balas, que arrancaron esquirlas de una de las alas. El ataque había empezado.

El segundo piloto salió de la carlinga, para recomendar calma y serenidad al pasaje. Sus palabras firmes y ponderadas, y la alusión a la inmediata ayuda, llevaron cierta tranquilidad al conturbado ánimo de los siete pasajeros que, aparte del trío Pat-Judith-Salah, ocupaban el avión.

A partir de aquel momento, los acontecimientos se precipitaron con sorprendente rapidez.

El aparato experimentó una violentísima sacudida, y Salah Elzaem, separándose de los dos jóvenes, se encaminó, aparentemente, hacia el lavabo. Pero en realidad se dirigía a la bodega de los equipajes, aprovechando la circunstancia de que

nadie podía prestar atención a sus movimientos.

Una vez cerciorado de que no se habían fijado en él, franqueó la puerta y se internó en el compartimiento. Allí, dando muestras de una prisa febril, empezó a revolver maletas, después de encender la luz.

Buscaba afanosamente la valija de Judith Sterling, cuyas características recordaba; le interesaba en gran manera examinar su contenido. Y quizá también la maleta del ingeniero.

Pero no llegó a abrir ninguna de las dos.

La puerta se había abierto silenciosamente, y una silueta se inmovilizó en el umbral, acortando luego la breve distancia que la separaba del árabe.

—¿Qué busca con tanto ahínco, Salah Elzaem? —interrogó una voz fría y cortante.

El interpelado se volvió rápidamente con un fiero gesto en el semblante, y como un tigre cayó sobre Patrick. Pero éste no era un novato en aquellas lides, y un ágil salto de costado le libró de la furiosa acometida.

—Su intromisión va a costarle cara —masculló el africano, con voz sibilante.

El agente del

F. B. I.,

juzgó que el momento no era adecuado para discutir, y antes de que el otro repitiese la agresión, le propinó un demoledor puñetazo en la mandíbula que le hizo retroceder tambaleándose, para caer al fin sobre una pila de equipajes.

—No debe ser tan impulsivo, amigo —le dijo en tono de chanza.

El árabe se enderezó lentamente, con sorprendente calma, pero en sus ojos brillaban destellos de furia homicida.

Entre tanto, el avión parecía danzar una zarabanda infernal. Y al convertirse bruscamente el suelo en un resbaladizo plano inclinado, haciendo que Patrick perdiera casi el equilibrio, Salah Elzaem sacó con rapidez una pistola, e hizo fuego sobre aquél.

El disparo se confundió casi con las detonaciones que resonaban continuamente en el exterior. Y por otra parte, pasajeros y tripulantes estaban demasiado absorbidos por el grave peligro que amenazaba a todos, para que prestasen atención al tiro.

Patrick Hamilton, sin armas, se hallaba a merced de su enemigo.

Pero él no lo creía así. Era suficientemente audaz para no intimidarse ante ninguna situación, por comprometida que fuese. El violento balanceo del avión, que manejado por la diestra mano de Collins, ejecutaba fantásticas cabriolas en el espacio, sin interrumpir su vuelo hacia el este, es, lo que impidió que el africano hiciese blanco.

Y tan pronto resonó el disparo, con celeridad casi inverosímil, el presunto ingeniero lanzó certeramente una maleta contra su agresor, precipitándose a continuación sobre él, como un bólide.

Salah esquivó hábilmente el improvisado proyectil dirigido a su cabeza, que sólo consiguió magullarle un hombro, pero no pudo eludir la lucha cuerpo a cuerpo con su antagonista. Su acometida había sido tan veloz e imprevista, que no pudo esquivarla.

En aquellas circunstancias, Pat fiaba en su habilidad, en su dominio de las llaves de *jiu-jitsu* para reducir a su enemigo. Ante todo debía procurar desposeerle de la pistola que aún empuñaba, y con su característica rapidez de movimientos, descargó en su antebrazo derecho un fuerte golpe con el canto de la mano, en el punto preciso en que radica un centro nervioso.

El efecto fue fulminante, y Salah Elzaem dejó caer el arma barbotando una maldición. Pat se apresuró a apartarla con violento puntapié, y empleando ahora sus recursos de boxeador, le asestó un formidable *uppercut* de izquierda que le derribó.

No podía ya tener compasión de él, y convencido de que era un enemigo mortal, sin darle tiempo a rehacerse se abalanzó sobre su espalda, castigándole rudamente los costados.

—¿Qué buscabas aquí? —le interpeló—. ¿Qué relación tienes con esa rubia peligrosa? Si no cantas pronto, te dejare como un trapo.

El otro apretaba los dientes en obstinado silencio, y cuando Patrick creía que ya le tenía enteramente dominado, enderezó el árabe el busto como impulsado por un resorte de acero, y se escurrió de sus manos como si fuera un reptil.

Salah Elzaem era también prodigiosamente ágil, y con centelleante rapidez alcanzó la pistola del suelo.

El agente secreto avanzó corriendo hacia él, pero en el preciso instante en que su rival iba a apretar el gatillo, se tiró al suelo y girando sobre sí mismo rápidamente, se puso fuera del ángulo de

tiro.

Dos detonaciones resonaron entonces casi simultáneamente, y el africano se dobló sobre sus rodillas, desplomándose.

Atónito, Patrick miró en dirección opuesta, hacia la puerta, abierta ahora. Bajo su dintel aparecía una silueta vacilante.

El joven reconoció en ella al obsequioso camarero que atrajera su atención. Empuñaba una humeante pistola.

Aquella oportuna intervención le había salvado la vida.

Se acercó a él diligentemente.

—¿Cómo ha podido usted...?

No concluyó la pregunta, porque el hombre había dejado caer la cabeza sobre el pecho, con súbito desfallecimiento. A la altura del corazón, su blanca chaqueta se teñía con el rojo de la sangre.

Lo sujetó con mano fuerte, sintiendo al mismo tiempo que un extraño mareo le invadía.

Ignoraba aún que una de las balas del «Messerschmitt» había perforado el principal depósito de esencia, y el avión se precipitaba hacia el mar.

CAPÍTULO VIII

Lo que pudo convertirse en irreparable catástrofe, no llegó a serlo por la destreza y serenidad del piloto militar Collins, secundado con todo acierto por los demás tripulantes.

Los cuatro motores del «Constellation» enmudecieron sucesivamente, pero Collins, en un alarde de pericia, consiguió que el picado se transformase en un acelerado planeamiento sobre la ondulante superficie líquida.

Previamente había dispuesto el aligeramiento de carga para reducir en todo lo posible el peso muerto, y de todo cuando podía lanzarse al mar, sólo se salvaron los equipajes de los viajeros, que por lo demás no representaban mucho para el caso.

En el momento que juzgó oportuno, hizo emerger del fuselaje los flotadores.

Entre tanto, el caza alemán no cesaba en sus ataques. Ahora volaba describiendo círculos en torno del aparato siniestrado, y sus ametralladoras lo acribillaron materialmente.

Collins había sido herido en el brazo izquierdo y en el hombro del mismo lado, pero seguía firme en su puesto. El segundo piloto, alcanzado en la cabeza, había muerto en el acto, así como el mecánico. El radiotelegrafista también estaba herido, más no dejó de mantener contacto con la Base Naval de Plymouth, mientras la estación pudo funcionar. Cuando una rociada de balas destrozó la antena, y abatió uno de los soportes, utilizó el transmisor Morse para lanzar al éter reiteradamente la llamada

S. O. S.,
seguida de la indicación de posición.

Entre los pasajeros e individuos del servicio había tres heridos más, a pesar de que se habían refugiado en la parte menos vulnerable.

Para todos, fue aquél un momento de indescriptible pánico, cuando tuvieron la impresión alucinante de que las olas se alzaban hacia ellos para envolverles sin remisión en su manto de espuma.

Luego, todos perdieron la noción de las cosas, en un momentáneo ofuscamiento.

Por fortuna, los poderosos flotadores ejercieron su papel salvador, y tras vencer con ayuda del agua el empuje de la enorme masa en su veloz caída, hicieron subir el avión a la superficie, donde quedó balanceándose a merced de las olas, semisumergido.

En el interior había penetrado poca agua, porque todas las aberturas se hallaban herméticamente cerradas, con cierres debidamente acondicionados para resistir las fuertes presiones atmosféricas de las grandes alturas.

Y tras el brusco atontamiento producido por el vertiginoso descenso y el rudo choque con las olas, vino la paulatina recuperación de los ocupantes del «Constellation».

Judith Sterling, sola, porque no tuvo tiempo de reunirse con los demás pasajeros, sintióse presa de un terror inenarrable en los instantes decisivos. No quiso atender la indicación de Augusto Watt, el presunto camarero, porque confiaba ver reaparecer al árabe y al ingeniero.

La desaparición de ambos, uno tras otro, había acrecentado su sospecha de que existía entre ellos una secreta connivencia. En realidad, no era extraño que llegara a tan erróneo juicio, porque *Sir John Astor* la había prevenido contra *Patrick Hamilton*, y éste — que a su vez recelaba de ella— no se había preocupado de disipar el equívoco.

Sintió una honda perplejidad cuando, normalizada en cierto modo la situación, al quedar el avión flotando al garete, divisó al irlandés y a *Salah* entre los heridos y se enteró de que este último había sido hallado así en el interior del compartimiento de equipajes, a dónde no era fácil que llegaran las balas del caza germano.

Si alguien compartió su extrañeza, no lo demostró. En rigor, los que podían hacer averiguaciones, no estaban en disposición de hacerlo, porque hallábanse también necesitados de auxilio.

El agente del

F. B. I.,

que había sido alcanzado por una bala de ametralladora cuando intentaba poner a salvo a su providencial salvador, no sentía desde luego el menor interés en aclarar un suceso que, por evidentes razones de seguridad, debía quedar ignorado.

Dedicó su atención preferente, a los heridos más graves, entre los que se contaban Augustus Watt y el árabe, que no habían recobrado el conocimiento.

Además del mecánico y el segundo piloto, había expirado ya uno de los *stewards*, y era de temer que hubiera nuevas bajas, porque el «Messerschmitt» no había abandonado su presa, y evolucionaba sobre ella como fatídico buitre.

Pero de pronto, un lejano y poderoso zumbido que gradualmente fue aumentando de intensidad, alejó al atacante.

Dos hidroaviones multimotores, escoltados por seis cazas, hicieron su aparición triunfal en el cielo crepuscular. Llegaban alas británicas a socorrer a los supervivientes del «Constellation».

Advirtieron la maniobra del avión agresor, y dos cazas se destacaron de la formación con rapidez centelleante, para perseguirle. Cuando consiguieron reducir algo la distancia que les separaba, cruzaron sus fuegos implacablemente.

Las ametralladoras del «Messerschmitt» vomitaron plomo abundantemente, pero enmudecieron tras breve y espectacular duelo. Dejando tras sí una gran estela de negro humo, el aparato alemán se hundió en el océano.

Entre tanto, los hidroaviones habían aterrizado, e iniciaban diligentemente las operaciones de salvamento, flanqueando al avión siniestrado, que después sería remolcado por una lancha rápida que ya se dirigía hacia allí, seguida por un cañonero.

El júbilo entre los naufragos era indescriptible. Confiaban recibir ayuda, pero ésta llegó aún antes de lo previsto, porque si bien se les hizo infinitamente largo el tiempo transcurrido desde que sonó el primer disparo, lo cierto era que todo habíase desarrollado en muy poco rato.

Luego supieron que se trataba de unidades pertenecientes al servicio permanente de patrulla, que vigilaba los accesos occidentales a las islas.

Antes de anochecer quedaron ultimadas todas las operaciones y los aparatos se alejaron del lugar de la catástrofe. Sólo quedó allí el

«Constellation», esperando ser reparado.

La primitiva formación se dividió en dos grupos, que partieron en opuestas direcciones: un hidroavión, escoltado por cuatro cazas, emprendió el regreso a Inglaterra. En aquél iban los heridos y todos los pasajeros, que después de la trágica experiencia habían resuelto aplazar indefinidamente el viaje.

Desde luego, entre aquéllos había dos excepciones: Patrick y Judith, que alegando razones de la máxima importancia, expresaron la necesidad de seguir la ruta hacia América. Y pasaron a ocupar el otro hidroavión, que con dos cazas de escolta les llevaría a bordo de uno de los barcos de un convoy, que se dirigía a Nueva York, y con el cual ya se había establecido contacto por radio.

Y con recíproco sentimiento de desconfianza, cada uno de ellos se preguntó cuáles serían aquellos importantes asuntos que no admitían demora, y que obligaban a proseguir el viaje con tal premura y en semejantes condiciones.

Sí, cada uno por su parte, deploró la circunstancia de tener que continuar juntos.

CAPÍTULO IX

Nerviosa, agitada aún por las vivas emociones de la víspera, Judith Sterling, agente móvil del «Intelligence Service», había renunciado al fin a dormir, y saltando del lecho, abandonó su camarote y salió a cubierta.

El interior del buque estaba saturado del penetrante y nauseabundo olor a *fuel-oil*, y Judith, que se sentía algo desquiciada aquella noche, ansió respirar la fresca brisa marinera, acodada a la borda frente a la noche lóbrega.

De pronto, tuvo la sensación de que no estaba sola.

Ladeó ligeramente la cabeza, y divisó la ya familiar silueta de Patrick Hamilton, que avanzaba hacia donde estaba ella.

—Hola —dijo él, sin ningún cumplido.

Se había apoyado de espaldas en la borda, y la miraba con maliciosa expresión.

—Hola —respondió ella, con acento que revelaba desagrado.

El hombre siguió contemplándola en silencio, y Judith empezó a sentir un inexplicable desasosiego. Esforzándose por disimularlo, abordó sin preámbulos el tema que la preocupaba.

—¿Por qué me ha seguido? —inquirió con sequedad.

—No tenía sueño —contestó él, con naturalidad—. Y desde luego no supe que estaba usted aquí.

—No me refiero a este momento —aclaró Judith, con leve tono de impaciencia—. ¿No ha comprendido que hablo de cuando dejó el «Constellation» para venir hasta aquí, en lugar de emprender el regreso?

—¿Y por qué había de hacerlo así? —preguntó a su voz.

—Está herido. Y aun los que no lo estaban, prefirieron volver a Inglaterra.

—A excepción de usted —observó él con retintín.

—Sí.

—Por tanto, bien puedo yo preguntarle la verdadera razón de tan urgente desplazamiento.

—No le reconozco ese derecho —replicó la muchacha, con vehemencia.

—Lo que no ha de ser obstáculo para que yo sienta el afán de averiguarlo.

—¿Quién es usted? ¿Qué se propone? —interpeló, alterada.

—Esas preguntas debería formularlas yo —subrayó él, calmamente—. Cuando tomé el avión en Londres, ya me di cuenta de que le inspiraba una atención especial. ¿Por qué?

—Ya le dije ayer que es usted demasiado imaginativo y presuntuoso —repuso evasivamente.

—Bien sabe que no aludo ahora a cierta clase de atención o interés, que puede sentir cada hombre o mujer por un individuo del otro sexo.

—Entonces...

—Tuve la impresión de que me vigilaba, de que observaba todos mis gestos y movimientos.

Judith lanzó una carcajada que sonó a ficticia.

—¿No será usted policía, eh? —interrogó Pat, escrutando su rostro con mirada experta.

Ella volvió a reír. Y esta vez su risa tuvo acentos de espontaneidad, porque la situación le divertía. Y en su fuero interno se dijo que aquel hombre no presentaba trazas de ser peligroso... en la acepción que daba al vocablo su jefe, *Sir John Astor*.

—Soy maniquí. Y si se retrasa mucho mi llegada a Washington, sufriré un serio perjuicio económico.

—¡Bah! No lo creo —declaró resueltamente.

—Bien. ¿Qué se imagina que soy? —inquirió sonriente.

—Acaso... una de esas seductoras espías que andan por ahí —insinuó él, sin dejar de mirar sus ojos.

Ella se estremeció visiblemente. ¿Quién sería aquel hombre que así sabía descubrir lo que tanto ocultaba? ¿Qué raro poder de adivinación era el suyo?

—Muy novelesco —comentó displicente.

Él no tuvo tiempo de replicar.

Algo sensacional e imprevisto vino a cortar aquella situación que ya resultaba embarazosa para Judith.

En el horizonte, empezaron a parpadear unas luces, rojas, con intermitencias regulares. Parecían señales.

—¡Oh! ¿Se ha fijado en eso? —exclamó ella, señalando hacia allí.

Él se acodó en la borda, y miró con atención.

—Son bengalas —anunció poco después—. Y están transmitiendo una llamada de socorro.

La muchacha volvió hacia él sus ojos asustados.

—¿Será alguno de los barcos del convoy? —preguntó.

—No. De ningún modo —respondió seguro—. En primer lugar, esas luces están fuera de la línea de la formación: además, si hubiera sido torpedeada alguna de las unidades, aquí no disfrutaríamos de esta tranquilidad.

Pero casi instantáneamente, la realidad vino a dar un mentís a las palabras del agente secreto, porque empezaron a advertir cierto inusitado movimiento.

En el puente de mando, el primer oficial había divisado el fulgor de las bengalas sobre el fondo negro de la noche, y recibió la orden de poner proa hacia ellas, ya que se trataba del buque más rápido del convoy.

Por eso, forzando la marcha, podría recoger a los presuntos naufragos y reintegrarse al lugar que ocupaba en la formación, en el mínimo plazo de tiempo.

El ruido de las máquinas se hizo más intenso, y al aumentar la velocidad, crujieron las cuadernas bajo el impulso del oleaje, sobre el cual galopaba el barco como impaciente corcel.

Judith Sterling anunció su deseo de ir a tenderse en la cama. Ante sus ojos, la línea confusa del horizonte subía y bajaba bruscamente, y notaba en su interior una sensación de ahogo.

CAPÍTULO X

El «Norfolk» había dejado ya muy atrás la línea exterior de la formación, y navegaba raudo hacia las luces rojas.

El capitán había descartado la sospecha de que se tratase de una trampa, porque los detectores de minas no acusaban la proximidad de éstas, y el equipó de radar no denunciaba tampoco la presencia de sumergibles.

En cubierta, los marineros se disponían a realizar la maniobra de botar una lancha al agua.

De pronto las bengalas, que ahora se encendían a intervalos mayores, dejaron de brillar definitivamente. Debía haberse agotado la provisión.

Pero los proyectores del «Norfolk» no se encendieron para localizar a los náufragos, porque su potente luz podría orientar al enemigo. Sin embargo, el rumbo era el correcto.

En el momento oportuno, el capitán dio orden de parar las máquinas, y la lancha fue botada al agua con tres marineros, que bogaron en la dirección que se les había indicado.

No tardaron en divisar algo que se movía en el agua; resultó ser un bote neumático que albergaba a dos hombres. Éstos presentaban evidentes señales de extenuación.

Fueron izados a la lancha, y el bote remolcado para su examen.

Poco después, se detenían junto a la imponente mole oscura del «Norfolk».

Desde la borda, Patrick Hamilton seguía con interés todas las incidencias del salvamento. Un confuso presentimiento le advertía que algo tenebroso se escondía tras aquel suceso, que desde luego no dejaba de ser bastante frecuente en aquella época.

Supervivientes de un barco torpedeado.

Eso era lo que se rumoreaba, basándose en las apariencias. Fueron trasladados a un camarote, y el médico de a bordo se

hallaba reconociéndolos. Dictaminó que no sufrían lesión alguna, y que sólo estaban bajo los efectos de un intenso agotamiento. Recomendó que se aplazara el interrogatorio.

El examen del bote neumático no arrojó mucha luz sobre el caso. En su interior se hallaron algunas latas de conserva, un frasco casi vacío de *whisky* y un bidón de agua. La inscripción grabada en uno de los costados, aparecía muy borrosa; el nombre del barco era ininteligible, y sólo podía deducirse que pertenecía a la matrícula de Southampton.

El agente del

F. B. I.,

que desde el principio había conseguido captarse la amistad del primer oficial, había presenciado todo cuanto se hiciera desde que llegaron a bordo los náufragos, y no pudo desechar la idea de que todo parecía preparado de antemano.

Pero nada más era dable averiguar mientras no se les interrogase, y por ello decidió aprovechar también él aquellas horas. En realidad sentíase muy fatigado, y aunque poseía una envidiable constitución física, y afortunadamente, la herida que sufría consideróse como leve, ésta empezaba a molestarle.

Haciendo conjeturas sobre el suceso, se retiró a su camarote.

Por la mañana, a hora ya avanzada, el capitán se personó en el camarote donde se hallaban los náufragos, con guardia, a la puerta, para tomarles declaración.

Manifestaron pertenecer a la tripulación del mercante «Blue Star», que se dirigía a Inglaterra con cargamento de algodón, parafina y desperdicios de goma para unas firmas industriales de Londres, y fue torpedeado el día anterior. Se hundió rápidamente. Todos los tripulantes que se hallaban en las cubiertas superiores, pudieron abandonarlo, pero los fuertes golpes de mar hicieron zozobrar dos lanchas. Ellos dos saltaron del barco cuando ya escoraba peligrosamente, pero tuvieron más suerte.

La documentación estaba en regla, según parecía, y la información solicitada por cablegrama a la compañía consignataria, confirmó cuánto dijeron, si bien aquélla daba por descontado, que habían sucumbido todos los tripulantes.

Conforme pasaron los días, decrecieron los comentarios que inspiró el suceso, y muchos llegaron a olvidarse de la presencia de

aquellos dos hombres, reclusos permanentemente en su camarote.

La travesía transcurría felizmente, y todas las unidades del convoy iban siguiendo la ruta sin novedad.

Al día siguiente de su llegada al «Norfolk», el agente del F. B. I., cursó un radiograma en clave a Zenit (oficina privada de Sir John Astor).

«Torneo Irlanda Arabia, interrumpido por Steward.

»Ajedrecista extranjero es rival peligroso.

»Comet».

Tal radiograma fue traducido así:

«Augustus Watt intervino en lucha sostenida con Salah Elzaem. Árabe es peligroso y debe vigilarse.

»Hamilton».

Naturalmente, Hamilton desconocía la identidad del abnegado y audaz camarero, pero supuso que bastaba la mención de tal profesión, porque estaba persuadido de que pertenecía al «Intelligence Service».

Mas, pese a su acreditada sagacidad, no logró conseguir penetrar en el misterio que envolvía la personalidad de Judith Sterling. Continuaron viéndose a menudo, pero ella, con extraordinaria habilidad, soslayaba ciertos temas y evadía contestaciones comprometedoras.

Hamilton llevaba siempre consigo los sobres bajo cuyos sellos ocultábanse los preciosos diseños, y no descubrió ningún indicio de que se pretendiera arrebatarlos.

Pero en la noche del cuarto día...

Hasta hora avanzada, el que para todos era un prestigioso ingeniero irlandés, permaneció paseando por cubierta, según su costumbre; Desde la hora del almuerzo no había visto a Judith, y no dejaba de extrañarle tal circunstancia, porque la muchacha parecía haberse convertido en su sombra, quedando bien sentado que no pretendía flirtear con él.

Se aproximaba a su camarote, cuando creyó divisar luz en su interior. Pensó haberla dejado encendida al salir, pero pronto descartó tal suposición. Dentro había alguien.

Se acercó sigilosamente, y comprobó entonces que las rendijas de la parte superior de la puerta, no filtraban luz alguna. ¿La habrían apagado al oírle llegar? La verdad era que no estaba, muy seguro de haber visto aquel resplandor.

Ya ante la puerta, hizo funcionar el picaporte y la abrió de par en par bruscamente retirándose a un lado de ella, en el corredor. Luego, al advertir que no se producía ninguna reacción violenta por parte del misterioso «visitante» entró en el camarote con todos los sentidos alerta, y pulsó el conmutador.

Pero la estancia siguió a obscuras. ¿Una avería? Rápidamente sacó su linterna y la hizo funcionar, proyectando el foco en todas direcciones.

Y entonces...

En su cama había una mujer. Una mujer que se incorporó apresuradamente al quedar bajo el haz de luz; una mujer que era Judith Sterling.

—¿Qué viene a buscar aquí? —interrogó airada—. ¿Cómo se ha atrevido a...?

Él avanzó pausadamente hasta situarse a su lado.

—No se excite, señorita —recomendó con cierta sorna—. ¿De veras cree que debo darle explicaciones? —preguntó en tono sarcástico.

—Veo que es usted un fresco, y no quiero conversación —replicó ella, secamente—. Lo único que deseo es que salga inmediatamente de mi camarote.

—¿Ha dicho «mi camarote»? —subrayó Pat, atenazando su brazo desnudo—. Vamos, muchacha, como broma ya ha durado bastante.

—¡Suélteme! —ordenó, revolviéndose arisca—. Si no se va inmediatamente, llamaré para que le echen.

Patrick empezó a amoscarse. Ahora la cogió por ambos brazos y la atrajo hacia sí.

—Pues sepa que si no sale en el acto de *mi* cama y se va de *mi* camarote, le daré una buena zurra.

—¡Insolente! —apostrofó ella, rabiosa.

—Claro que se la merece de todos modos, como escarmiento —

prosигuió Pat, imperturbable—. Le pregunté qué venía a buscar aquí. ¿Una aventura... o acuso algún secreto de Estado?

—¡Es usted odioso! —dijo solo, con el rostro encendido bajo el potente foco de la «Still», que había quedado sobre la cama.

—Bueno, déjese de pamplinas y conteste —apremió él, en tono rudo.

—Debí confundir su camarote con el mío, y como la luz no se encendió...

—La luz estaba aún encendida unos segundos antes de entrar yo —atajo contundente.

—¡No! —negó con vehemencia.

—Y querrá además hacerme creer que se equivocó de corredor, ¿eh! —inquirió con sorna.

—Así tuvo que ser, sin duda. Me sentía tan mareada...

—Bien, mañana acabará de explicármelo. Tengo mucho sueño.

Y como ella no hiciera ademán de abandonar el lecho, él se dejó caer a su lado, exhalando un hondo suspiro.

Judith saltó entonces al suelo, como si le hubiera picado una víbora, y abandonó el camarote refunfuñando irritada.

Pat la despidió con una carcajada, pero apenas hubo desaparecido, se incorporó con presteza y manipuló en la luz, que enseguida se encendió. Un truco vulgar, casi pueril.

¿Por qué estaba allí Judith Sterling? ¿Qué se proponía hallar? Porque aquello de la confusión era puro camelo...

Aparentemente, nada aparecía alterado en la normal disposición de sus cosas, pero un examen escrupuloso le permitió apreciar que todo había sido removido. Y la propia maleta debió ser objeto de una meticulosa inspección.

¿Quién era Judith Sterling y qué buscaba?

Al día siguiente la estrecharía a preguntas para saber de una vez a qué atenerse.

CAPÍTULO XI

Pero el agente del F. B. I., no tuvo necesidad de esperar tantas horas para hacer algunos descubrimientos de interés.

Según supo después, cuando Judith, tras recorrer el corto pasillo transversal llegó a su camarote, se encontró sorprendida con que alguien había hecho allí, lo mismo que ella realizó en el departamento del ingeniero, aunque con manos delicadeza, porque todo estaba materialmente patas arriba.

Apenas encendió la luz, apareció a sus ojos un cuadro de completo desorden, aparatoso y espectacular. Todo se hallaba confusamente revuelto, nada había quedado en su sitio. Incluso la cama había sido deshecha y la portilla entreabierta, y muchos tornillos estaban desenroscados.

El que pasó por allí, debía tener mucha prisa, pero hizo una búsqueda concienzuda.

Tras una rápida ojeada alrededor, que abarcó aquella escena de desolación, con gesto de profunda perplejidad, Judith se abalanzó con ansiedad incontenible sobre su maleta. Los escasos efectos que contenía, estaban desparramados por el suelo, más éste no le preocupaba.

Lo que temía era que el misterioso «visitante» hubiera descubierto el escondrijo que había improvisado ella, bajo el revestimiento de la tapa, con tanta pulcritud y perfección, que nadie podría pensar que la cubierta superior era doble.

Y entre las dos capas ocultaba el sobre que contenía los planos que le fueron confiados por *Sir John Astor*.

Por eso el súbito temor paralizó un instante su corazón. Afortunadamente, el asaltante, quienquiera que fuese, no había descubierto el secreto... todavía.

Porque aún conservaba Judith la maleta en sus manos, cerciorándose de ello, cuando sonó a sus espaldas una voz

conminatoria que la dejó helada.

—¡Suelte eso y levante las manos!

Apresuróse a obedecer, porque no tenía defensa. Había cerrado la puerta al entrar, y debían estar ya dentro aguardándola.

Luego, todo se desarrolló con sorprendente celeridad.

Hallóse frente a dos hombres que ya conocía. Eran los dos náufragos recogidos días antes. Ahora iban equipados con unos chalecos salvavidas de forma especial.

Después de asegurarse de que no llevaba ningún arma, uno de ellos preguntó, encañonándola con una pistola:

—¿Dónde esconde sus preciosos planos, señorita?

Recuperada ya del susto que le produjo la inesperada conminación, una extraña calma renació en ella. Sostuvo firmemente la mirada de aquel individuo, pero nada dijo.

—Disponemos de poco tiempo —continuó—. Y será mejor que hable inmediatamente. De lo contrario... —no concluyó la frase, pero el leve movimiento de la mano armada, fue bien significativo.

También el acento con que fueron pronunciadas aquellas palabras, daba a entender que no hablaba en balde, y Judith no pudo reprimir un estremecimiento. Era joven, y amaba la vida... Pero sus labios continuaron sellados obstinadamente.

Aquel mutismo exasperó al hombre. Avanzó dos pasos y la abofeteó brutalmente.

—¿Hablarás, condenada? —masculló irritado. Luego, como si de pronto atinara en algo que no había pensado antes, preguntó:

—¿Acaso los llevas contigo? ¡Contesta!

Volvióse al otro individuo, que hasta entonces no había intervenido, y le dijo con voz gutural que resonó como un trallazo:

—¡Desnúdala, Kastner!

La muchacha dio un rápido salto hacia atrás, en un vano intento de escapar de ellos, alcanzando la puerta. Mas no llegó a ella, porque el que la había golpeado atenazó uno de sus brazos con mano férrea, y enseguida por el talle, inmovilizándola contra sí.

Aquel hombre, joven y corpulento, tenía una fuerza hercúlea, y aunque Judith poseía una extraordinaria cultura física, se debatió inútilmente en aquel cerco, asestándole furibundos puntapiés que de nada servían.

El llamado Kastner se acercó lentamente.

—No es preciso violentarla, Hertel —advirtió con sorprendente suavidad—. Yo ya sé dónde guarda lo que nos interesa —afirmó luego, en tono que denotaba firme seguridad.

Judith, vencida y angustiada, pensó en Patrick Hamilton. Era extraño que pensara precisamente en él como en su salvador, pero ella no se detuvo a analizarlo. Fue una idea súbita y espontánea. Y con la misma celeridad de pensamiento, se preguntó cómo era posible que los dos presuntos náufragos resultaran sendos espías nazis. Porque no cabía duda de que eran alemanes: sus apellidos y, sobre todo, su acento gutural, lo pregonaban. ¿Pertenecieron realmente a la tripulación del «Blue Star»?

—Aquí no encontrarán nada de lo que buscan —afirmó rotunda—. Y creo que se han metido en un buen lío, porque no escaparán impunes del barco.

Hertel se limitó a enseñarle los dientes de lobo carnicero en una mueca feroz que pretendía ser una sonrisa irónica.

El otro le volvió la espalda con evidente desdén.

—Ahí, bajo la tapa de esa maleta... —dijo solo.

Y se encaminó hacia ella.

Con la furia de la desesperación, Judith agachó con rápido movimiento la cabeza, y asestó un fuerte mordisco a Hertel, en la mano que sostenía la pistola, desasiéndose después con brusco tirón.

El hombre, que había sido cogido desprevenido, porque hacía unos instantes que ella permanecía quieta, dejó caer el arma lanzando un alarido de rabia y dolor.

La muchacha no pretendió recogerla, porque su aprehensor se le hubiera echado encima, pese a todo. Por eso instintivamente decidió arrojarla sobre el otro, en un postrero intento de impedir que realizase su propósito.

Y cayó como una fierecilla sobre él, en el preciso instante en que se volvía al grito de Hertel. Kastner no poseía la corpulencia de aquél, y la violenta acometida de la brava muchacha le derribó.

Judith había conseguido atenazar su garganta, hincándole las rodillas en el vientre, pero aquel éxito inicial, fruto de la sorpresa y de la rapidez de la acometida, no pudo acabar de explotarlo. Kastner se la sacudió de encima con una ágil flexión, haciéndola caer de espaldas, y casi en el acto, un puño vigoroso, en rápido

movimiento pendular, golpeó su mentón, y la arrancó la noción de las cosas.

Había terminado definitivamente la enconada y desigual lucha. El ruido de las máquinas y el bramido del mar, impidieron que el rumor de ella trascendiese al exterior.

Hertel, que con tanta oportunidad había intervenido, procedió a amordazar a la muchacha para luego atarla diestramente a los barrotes de la cama, sujetándola de manos y pies.

Entre tanto, Kastner con una navaja, despegaba la capa superior de la tapa de la maleta. Fue cuestión de unos instantes... oculto allí, había un sobre oblongo, que contenía unos complicados diseños.

—Ven, Hertel —dijo en alemán, volviéndose a su compañero—. Por fin hemos encontrado los planos cuya búsqueda se nos encomendó con tanto empeño.

El aludido se había acercado presuroso, y miraba aquellos dibujos con viva atención.

—Deben ser muy valiosos, a juzgar por las extrañas y costosas disposiciones que se adoptaron.

—Sin duda alguna... Bien, ya hemos dado cima a la parte más importante de nuestra misión... aunque falte la más penosa —comentó Kastner, doblando el sobre y metiéndolo en uno de los dos bolsillos impermeables, que cerraban herméticamente, de su chaleco salvavidas.

—Ahora hay que abandonar el barco inmediatamente. El oficial de cuarto ya estará efectuando la ronda.

Con paso rápido se dirigieron a la puerta, y Kastner la abrió.

Pero en aquel instante...

Apenas habían transcurrido diez minutos desde que Judith abandonó su camarote, cuando el agente del

F. B. I.,

movido por un súbito impulso, decidió ir a verla a pesar de lo intempestivo de la hora. De repente había pensado en la conveniencia de aclarar la situación sin demora; era como un imperativo categórico, que se manifestara de modo apremiante.

Y como la tormentosa escena que tuvo lugar en el departamento de ella, se desarrolló en menos tiempo del que se tarda en describirla, llegó ante la puerta en el preciso momento en que ésta se abría para dar paso a Hertel y Kastner.

Reconoció en el acto a los presuntos náufragos, y sabiendo que estaban recluidos hasta llegar a puerto —donde serían confiados al cónsul inglés—, se extrañó sobremanera verlos salir de allí.

Y lo asaltó el pensamiento de que acaso eran cómplices de la intrigante rubia, pero la rápida visión de ésta, desmadejada a los pies de la cama, le dio noción exacta de los hechos.

Todos estos pensamientos surgieron en su mente en una fracción de segundo, tiempo que duró la corta vacilación de los otros a la vista del intruso.

Enseguida se abalanzaron al pasillo, con ímpetu arrollador. Hertel blandía la pistola, e intentó descargarla sobre el cráneo de Pat, pero éste, reaccionando con centelleante rapidez, sujetó en el aire la muñeca del coloso, y retorciéndosela con la zurda, le asestó un contundente derecho en el plexo solar, que le abatió como fulminado...

Kastner había echado a correr. No podía detenerse a intervenir en la lucha, porque llevaba consigo los ambicionados planos.

Desentendiéndose del caído, Patrick Hamilton se lanzó tras el fugitivo en rauda carrera. Alcanzándole antes de que doblara el recodo del largo corredor, e introduciendo sus manos dentro del cuello de la cazadora del perseguido, elevó los codos y dobló las muñecas, presionando fuertemente la nuca con sus nudillos al extender los brazos.

Aquella llave de judo era infalible. Al presionar así, cortaba la circulación de la sangre por la arterias cervicales, y falto de oxígeno el cerebro, su adversario perdió el conocimiento sin conseguir oponer resistencia.

No obstante, recobraría el sentido tan pronto cesase la estrangulación. Y para impedir que se recobrase, Patrick debía propinarle un golpe decisivo. Mas no tuvo tiempo de descargarlo.

Porque Hertel, que poseía la vitalidad de un toro bravo, se había repuesto con sorprendente rapidez del letargo en que le había sumido el agente secreto, y avanzando éste cautelosamente, consiguió lo que antes no había logrado: golpearle el cráneo con la pistola.

Pat Hamilton se derrumbó como un saco vacío.

Al aflojarse la presión aniquiladora, Kastner también había caído al suelo, e iba reanimándose gradualmente.

Hertel se inclinó sobre él, y con enérgicos masajes realizados expertamente, procuró acelerar el proceso de recuperación.

Lejos aún, se oía rumor de carreras y enérgicas voces de mando. Su fuga del encierro, había sido ya descubierta.

CAPÍTULO XII

Unos minutos antes, el oficial de cuarto, en su ronda de vigilancia, advirtió la falta del marinero que permanentemente montaba guardia ante la puerta del camarote en el que fueron recluidos los náufragos.

Sumamente extrañado por el insólito hecho, llamó al contraamaestre. Se hicieron rápidas averiguaciones entre los del grupo de relevo, y al fin se descubrió al centinela sin sentido en el interior del compartimiento, atado y amordazado.

Naturalmente, no se vio rastro de los prisioneros.

La evidencia de propósitos criminales, por parte de aquéllos, quedaba bien patente, y el oficial dispuso enseguida que se pusiera en acción el retén de infantería de marina para proceder a la búsqueda de los evadidos, que se supuso iban armados.

Informado del suceso el capitán, éste dio orden de que, caso de resistirse, se les disparase a las piernas. Convenía no matarlos, para descubrir sus planes, sospechó que tratábase de una tentativa de sabotaje cuidadosamente preparada, como lo demostraba la hábil estratagema que hacía aparecer dos presuntos náufragos en la ruta de un convoy.

Si la suposición era infundada, ¿qué pretendían al tratar de huir de su encierro, si no podían abandonar el barco?

Un grupo fue enviado a la cubierta de botes, para cerciorarse de que no había sido arriado ninguno de ellos. Era una inspección poco menos que formularia, porque aún faltaban casi mil millas para llegar a la costa americana, y era imposible que alguien, por temerario que fuese, se arriesgara a tan dilatada travesía en una barca de remos.

Entre tanto, otros piquetes recorrían el barco en todas direcciones, para localizar a los fugitivos.

El que atravesaba la cámara de pasaje, divisó, en el cruce de dos

corredores, un extraño grupo, tendido en el suelo había un hombre, y casi junto a él, otro, de aventajada corpulencia, se cargaba a hombros a un tercero que parecía hallarse inanimado.

—¡Alto! —gritó un oficial, con voz estentórea.

El coloso que corría con otro hombre a cuestas, lanzó un rugido de animal acorralado, y redobló el esfuerzo de la carrera.

Era imprescindible que ganara el extremo del corredor, en cuyo principio habían aparecido los marineros armados con fusiles. Ante la inminencia del peligro anunciado por las voces que escuchó, desistió de apoderarse de los planos que guardaba Kastner pues no podía perder ni un segundo, y optó por cargar con él y huir hasta cubierta. Allí...

Ya no le quedaba más recurso que arrojar a Kastner por la borda, y tirarse él a continuación, jugándose todo a cara o cruz.

Perseguido de cerca, le era ya imposible botar al agua la lancha velera que tenía medio descolgada, creyó además que el ardid ya había sido descubierto, como así era en realidad.

En el momento en que parecía haber localizado a los evadidos, empezaron a sonar estridentes toques de silbato, para atraer hacia aquel lugar a las patrullas, con el fin de que les cortaran el paso.

Y al no ser obedecida la intimación de detenerse, fue disparado un tiro al aire, que no amedrentó al fugitivo, el segundo, que sonó casi inmediatamente, le perforó el pantalón, a la altura de la rodilla. El tercero...

Estaba Hertel ya muy cerca del objetivo propuesto, cuando fue alcanzado por una bala en el muslo, que no llegó a interesarle el fémur. Flaqueó un momento en su loca carrera, pero enseguida reaccionó con fiera energía, y en dos zancadas estuvo junto a la borda, arrojando por ella a Kastner.

Confiaba que el chapuzón haría salir a su compañero de la semi inconsciencia en que se hallaba. Muy lamentable fuera que no sucediese así, porque se perderían los preciosos planos, pero a él ya no le era posible hacer más.

Acababa de lanzar a Kastner, cuando intentó saltar tras él con rápido impulso. Prefería desangrarse en el mar, a que pudieran hacerle hablar. Pero no consiguió su propósito. Sus perseguidores consiguieron ahora un impacto certero, atravesándole la espalda. La bala, que se alojó muy cerca del corazón, le detuvo en seco. Abrió

ansiosamente la boca, en un desesperado afán de aspirar el aire que creía se le escapaba por la herida, cuando en realidad penetraba a través de ella, y agitando los brazos un momento, cayó hacia atrás quedando exánime sobre la cubierta.

Un oficial y varios hombres llegaron junto a él.

—Ve a buscar al médico, Raneas —indicó el oficial—. ¡Fuego graneado sobre el del mar! —ordenó a continuación.

Inmediatamente, las balas de diez fusiles azotaron las aguas encrespadas, batiendo una extensa zona.

No podían encenderse reflectores para explorar el mar, porque ello equivaldría a denunciar la posición del convoy a los submarinos que pudieran estar al acecho.

Por otra parte, tampoco era factible arriar lanchas para capturar al fugitivo, pues con tal motivo hubiera debido detenerse la marcha del buque, originando un retraso perjudicial.

Desde luego, se daba por seguro que el hombre aquel no podría salvarse, doblemente porque, según las apariencias, estaba herido o enfermo.

Sin embargo, pese a todo Kastner escapó con vida del círculo mortal que las balas trazaron rugientes a su alrededor.

Tras practicar una concienzuda cura de urgencia a Hertel, taponando herméticamente la herida, el médico de a bordo fue requerido para prestar sus auxilios a Patrick Hamilton, que había sido recogido del suelo con la cabeza ensangrentada y sin haber recobrado el conocimiento.

Afortunadamente, el golpe no fue mortal, y bajo los efectos de un poderoso estimulante, el agente del

F. B. I.,

volvió a la realidad. Su primer movimiento fue para llevarse las manos a la cabeza, que ahora llevaba vendada.

Tras los primeros instantes de atontamiento, durante los cuales trató de sacudir el marasmo que le invadía, su mente empezó a reconstruir los hechos pasados.

Y al recordar el estado en que vio a Judith, se preguntó qué podía haber inducido a aquellos individuos a maltratarla así, y cuáles eran las actividades de la joven. ¿Se encontraría aún atada y amordazada, o fue ya descubierta su comprometida situación?

Instintivamente se incorporó, pero, debilitado, hubo de dejarse

caer pesadamente sobre la almohada. La cabeza le dolía de un modo insoportable, y con el brusco movimiento, la bala del «Messerschmitt», acusó el resultado del esfuerzo desplegado en la reciente lucha.

En aquel instante, entró nuevamente el médico.

—Ha tenido usted mucha suerte —le dijo afable—. Pero ahora le conviene un largo y completo reposo.

Y Patrick Hamilton hubo de resignarse a esperar, cuando tantos interrogantes danzaban en su imaginación calenturienta.

Al fin, quedó dormido.

Al despertar, cerca del mediodía siguiente, se encontraba mucho mejor. Su privilegiada naturaleza había triunfado de nuevo de aquella ruda prueba.

La impresión que ofreció al facultativo fue sumamente satisfactoria, pues la herida sufrida días antes, también seguía una evolución favorable.

Cuando más tarde llegó el camarero a servirle el almuerzo, le informó de las últimas novedades a requerimientos suyos, reforzados con una espléndida gratificación.

El hombre que fue herido cuando intentaba precipitarse al mar, y cuya verdadera identidad se desconocía, había muerto ya. Pero no precisamente a consecuencia de la perforación del pulmón, ya de por sí gravísima, sino por haber ingerido un veneno de efectos fulminantes.

Y como el estado del herido no permitía suponer que lo tomó por sí mismo, sospechábase que entre la tripulación estaría algún cómplice de los dos presuntos naufragos. Alguien que, sin duda cumpliendo órdenes, quiso evitar que el hombre pudiese cantar de plano.

Alguien que debió facilitarles los chalecos salvavidas de un modelo especial, que estarían escondidos en algún lugar. Alguien que debió atraer al centinela a la celada que pudo costarle la vida.

Claro que aquello era una información confidencial. El locuaz camarero había sorprendido retazos de conversación entre los oficiales, y podía acarrearle graves consecuencias su indiscreción.

Seguidamente le habló de «la muchacha rubia», empleando esta denominación con que la designaban todos, por ser la única mujer de a bordo.

Fue hallada poco después de que cundiera la alarma, por uno de los grupos movilizados en funciones de policía, siendo liberada de sus fuertes ligaduras y atendida convenientemente.

Según el parte facultativo, no sufría lesión alguna, pero se encontraba en un estado de gran abatimiento, de verdadera postración.

¿Qué cómo estaba el camarote? Los marineros lo hallaron enteramente revuelto, en extraordinario desorden, como si hubiera pasado por él un huracán.

Pocos momentos después, Paul, el camarero, salía, dejando solo a Patrick Hamilton.

Este sentíase profundamente preocupado. El misterio que le intrigó la víspera, cuando halló a la muchacha en su propio lecho, se le hizo más denso e impenetrable.

¿Qué le había ocurrido a Judith, para que sintiérase tan decaída? ¿Qué le hicieron aquellos hombres? Y si éstos, a todas luces enemigos de Inglaterra, habíanla atacado, ¿cómo podía ella seguir siendo sospechosa? ¿Acaso pertenecía a organizaciones rivales, perseguidores del mismo fin?

Pat estaba sumido materialmente en un mar de dudas. Todo aquello aparecía sumamente complicado.

Y aunque él viajaba con una misión específica —llevar a Washington los planos del estabilizador—, determinó, tras detenida reflexión, intervenir para el esclarecimiento del intrigante caso.

Si era cierto que los dos falsos náufragos tenían un cómplice, era cosa de descubrirlo inmediatamente. Esto afectaba de modo directo al buen desarrollo de su labor, y no podía inhibirse.

Por ello, resueltamente se lanzó de la cama, dispuesto a actuar enseguida.

La travesía debiera finalizar a última hora del día siguiente...

CAPÍTULO XIII

Sí, Kastner pudo escapar del fuego graneado que se hizo sobre él. Tuvo mucha suerte, innegablemente, pero también es cierto que los del «Norfolk» dispararon a ciegas, y que los otros barcos del convoy siguieron su ruta sin intervenir en la caza, cuando el capitán Pearson, comandante de tal buque y jefe de aquella flota, denegó su oferta de ayuda.

Y Hertel no se engañó al suponer que el rudo contacto del agua fría, sacaría a Kastner de su marasmo. Reaccionó rápidamente, y comenzó a bracear con sorprendente energía, para que no se entumecieran sus miembros, mientras veía alejarse en la noche la mole oscura del barco.

Continuando en sus movimientos de brazos y pies, aunque con más lentitud para evitar el cansancio, permaneció aún bastante tiempo, nadando en dirección opuesta a la de la ruta que seguía el convoy.

Abrió uno de los bolsillos impermeables, herméticamente cerrados, del chaleco salvavidas, y extrajo algunos comprimidos vitamínicos en fuerte concentración, que injirió para mantenerse en buena forma.

Y aun esperó casi una hora, que transcurrió con agobiante lentitud, antes de que se decidiera a hacer uso de una linterna dotada de un potente foco de luz roja, que encendió y apagó con intermitencias regulares, proyectando el resplandor hacia arriba durante varios segundos.

Era la hora prevista, y con bastante aproximación, debía ser también aquél el lugar fijado en las instrucciones que poseía.

Sin embargo, conforme pasaba el tiempo, iba pensando que acaso su suposición fuera errónea. Porque nada se había producido en respuesta a sus señales, y ya las lívidas claridades del amanecer se insinuaban en el horizonte.

El desaliento empezó a apoderarse de su espíritu. No podía hundirse, pero el frío agarrotaba su cuerpo, y sentía pies y piernas como acorchadas.

La cólera que despertaba su impotencia, mezclábase ahora con una creciente desesperación. ¡Todo resultaría estéril! Si fracasaba, pagaría un precio más elevado que el de la propia vida. Y este reflexión era tanto más amarga, cuanto que ya había comenzado a confiar en el triunfo, respecto a la difícil misión que se les confiara a Hertel y a él. Había pensado con tristeza en la suerte de su compañero, pero se confortó al comprobar que él llevaba consigo los valiosos planos.

Mas ¿de qué le servirían en la actual situación?

De súbito, algo que en la distancia parecía una fina aguja, emergió verticalmente entre las olas grises.

Era un periscopio.

Kastner encendió y apagó nerviosamente su linterna, en la forma convenida.

Poco después, entre blancos remolinos de espuma, surgió del mar la torreta blindada de un submarino. Abierta la escotilla de seguridad, varias sombras se perfilaron en la plataforma, a la luz incierta de la alborada.

Kastner, sintiendo palpar dentro de sí una insólita vitalidad, repetía frenético sus señales de llamada.

El cetáceo de acero evolucionó, lentamente, hacia él, y un cable lanzado certeramente por el cañoncito de proa, cayó a pocos metros del náufrago.

Éste, arrojando maquinalmente la linterna, avanzó hacia el extremo del cable, que flotaba aún en las aguas, y fue presurosamente arrastrado hacia el sumergible.

Minutos más tarde, el buque sepultábase de nuevo en el Océano.

Entre tanto, en una rústica casa, con apariencias de granja, enclavada en un lugar de Inglaterra, próximo a las costas del Canal...

—Le digo, Arístides que no hay razón para mostrarse pesimista. El plan fue cuidadosamente elaborado, y estoy persuadido de que todo se habrá desarrollado con precisión cronométrica. Hertel y Kastner son dos viejos zorros amaestrados, y no suelen fallar.

El que así hablaba, era un hombre corpulento, de pelo rojizo e

hirsuto bigote, con poderosas mandíbulas que le daban aspecto de perro de presa.

Y su interlocutor, que después de recorrer lentamente la destartalada sala, se había inmovilizado ante él, era un individuo de facciones enérgicas y ademanes resueltos, que revelaban al hombre audaz y emprendedor.

Sí, eran dos de los tres sospechosos con quienes el agente del F. B. I.,

trabó contacto en el «Liberador» que le llevó a Londres, y de los cuales sacó fotografías para entregarlas al jefe del «Intelligence Service».

—Así lo creo yo también —convino el que se dio a conocer como Arístides Bolívar—, pero en último término el éxito queda supeditado al arrojo e iniciativa que desplieguen esos dos candidatos a suicidas. Y ahora es cuando lo son de veras, porque quizá hayan de enfrentarse con ese terremoto que se llama Patrick Hamilton. Recuerde cuánto nos dijo en el hospital Salah Elzaem, que tan bravamente actuó en el «Constellation».

—El árabe tuvo mala suerte. Y lo deploro de verdad, porque si hemos podido intervenir en este importante caso, ha sido gracias a él, que supo explotar hábilmente una serie de asombrosas coincidencias muy satisfactorias para nosotros.

—Lo recuerdo bien. La imprudencia de un empleado afecto a los servicios de Préstamo y Arriendo, de Washington, al utilizar un teléfono de la línea general, dio ocasión a Salah Elzaem, que estaba al acecho, para enterarse de que Inglaterra precisaba con urgencia esos estabilizadores. Bastó una simple interferencia telefónica...

—Sí, y luego —completó Hans Schultz—, su ventajosa posición en la capital norteamericana, le permitió hacer las pertinentes investigaciones, procediendo con singular astucia. Por último, el hombre que tenemos enquistado en el «Intelligence Service» inglés, pudo informar por cable cifrado acerca del día elegido para que partiera la agente que había de conducir los planos a Washington. Y aquí se dio otra halagüeña casualidad, al coincidir tal fecha con la que habíamos escogido para nuestro proyectado desplazamiento a Europa. ¿Y si hasta ahora todo se desarrolló con tan admirable precisión —concluyó—, por qué había de fallar al final? Kastner y Hertel sabrán cumplir con su cometido. Se juegan en la empresa

algo más que la propia existencia.

—Confiemos en su triunfo. Por de pronto, sabemos que nuestro submarino salió al paso del convoy designado por el avión de observación, y navegando entre dos aguas, después de localizar al «Norfolk», dejó en la superficie el bote neumático ocupado por los dos hombres. Llevaban éstos un día sin comer, y con la barba crecida y las ropas destrozadas, daban la impresión de auténticos náufragos. Y las observaciones recogidas posteriormente, nos dan la seguridad de que alcanzaron su objetivo inmediato. Sí, todo fue muy bien, pero carecemos de noticias respecto a la fase más importante y difícil del plan —subrayó.

—Precisamente esta circunstancia ha de predisponernos al optimismo —replicó Schultz, con aplomo—. Hay que recordar nuestra indicación de que, por razones de seguridad, se limitasen los mensajes a los casos estrictamente precisos.

—Bien. Esperaré hasta media noche —decidió Arístides—. Si entonces no han regresado, entraré en acción.

Cuando Kastner se halló en el interior del sumergible, fue atendido convenientemente, dispensándosele los cuidados que su estado requería. Fue sometido a concienzudo masaje, se lo administró un enérgico cordial, y se le facilitaron nuevas ropas. Más tarde, se le dio de comer.

Tras corta travesía, el sumergible avistó un mercante de gran tonelaje, que navegaba tranquilamente bajo pabellón sueco.

En realidad, se trataba de un potente navío de guerra alemán, hábilmente camuflado.

Un breve mensaje radiado en clave, advirtió a los del buque de la proximidad del submarino destacado en misión especial, y un oficial ordenó que, inmediatamente, fuera botada al agua una lancha.

Así, cuando el sumergible salió a flote, la pequeña embarcación ya se dirigía a su encuentro.

Kastner entró en ella, e instantes después pisaba la cubierta del buque, mientras la nave submarina desaparecía bajo las verdosas olas.

Poco más tarde, subía a bordo del avión que esperaba su llegada para despegar. Roncaron los motores, zumbaron las hélices, y al funcionar la poderosa catapulta, el avión fue lanzado al espacio,

rumbo al este.

Y antes de la media noche, un auto detenía su rauda carrera ante la rústica granja escondida entre la vegetación de un campo inglés, cercano a la costa del Canal.

Kastner, muy ufano, se apeó del vehículo. Y su diestra palpó la americana, en cuyo bolsillo interior llevaba el sobre que contenía los preciosos planos.

CAPÍTULO XIV

Lo que no sabía Paul, el camarero del «Norfolk», era que Judith Sterling, la noche anterior, tan pronto se vio libre de sus ligaduras, pidió ser llevada inmediatamente a presencia del capitán.

Bien pronto vio satisfecho su deseo, porque Míster Pearson participaba de igual afán respecto a ella, para poder aclarar asunto tan misterioso.

Cuando se halló en su cámara, el marino manifestó en tono grave:

—Creo, señorita, que será ocioso subrayar la necesidad de que me informe detallada y fielmente acerca de lo que ha podido motivar el asalto de que ha sido víctima usted.

Ante tal intimidación, Judy vaciló. ¿Podía revelar la desalentadora verdad? Urgía adoptar una decisión para contrarrestar la acción de los espías, pero aquélla incumbía exclusivamente a sus superiores. Y según las apariencias, contra lo que ella supuso, el marino no podía arrojar ninguna luz sobre el caso.

—No debe titubear ante lo que pretendo, *Miss Sterling* —observó el capitán, como si adivinase sus pensamientos—. Se ha cometido un acto delictivo, hemos detenido a un hombre, después de herirle gravemente, y otro ha desaparecido en el mar. Presiento que alguna razón muy importante indujo a ambos a obrar como lo hicieron, y debo conocerla. Estamos en guerra, señorita, y todos en este barco estamos sujetos al fuero militar. Yo, su comandante, y jefe del convoy, estoy investido de los máximos poderes durante la travesía —hablaba despacio, haciendo resaltar el valor de cada palabra. Se inclinó hacia ella, y agregó—: ¿Se da cuenta de las graves consecuencias que puede reportarle obstaculizar la acción de la justicia con su silencio?

Judy, que le había escuchado serenamente, recapacitó, y adoptó

su resolución.

—Estoy dispuesta a contestar a sus preguntas —manifestó—, siempre que sean formuladas en privado.

Míster Pearson la miró unos instantes inquisitivamente, y luego hizo una seña al oficial que asistía a la entrevista. Éste se dirigió al marinero que iba a tomar nota de las declaraciones de la muchacha, y ambos salieron, cerrando la puerca tras sí.

—Sin duda es muy trascendental lo que ha de decirme, *Miss Sterling* —observó, con escéptica sonrisa—. De todas maneras, acostumbro ser galante con las damas —recuperó su seriedad, y concluyó—: Piense, ante todo, que he de llenar el oportuno atestado, y en él deben constar sus manifestaciones.

—Precisamente eso es lo que conviene evitar —replicó ella, rápidamente—. Cuánto declare es estrictamente confidencial, y sólo puede figurar en el sumario especial que se instruya a mi llegada a Nueva York. Se trata de un grave secreto que no me pertenece.

—Confieso que me siento intrigado —dijo el capitán—. Se hará como desea. Desde luego, confío que asumirá la plena responsabilidad de su actitud.

—Así es, *Mr. Pearson*.

—Bien. La escucho.

Judith le hizo seguidamente una sucinta relación de los hechos, omitiendo la declaración de que fuera agente del «Intelligence Service», y aludiendo a los planos como un «importante mensaje oficial».

Pero el sagaz marino no dejó de advertir que todo aquello encerraba demasiado misterio. Recordó también la perentoria necesidad de proseguir viaje en su barco, que expusieron Judith y el ingeniero irlandés. ¿Cuál era el papel de éste en aquel oscuro caso? Cuatro días después de que ambos llegaran a bordo, arribaron los presuntos náufragos. Eran muchas coincidencias... Y empezó a sospechar que el espionaje enemigo había tendido sus redes.

Sin embargo, no exteriorizó sus reflexiones. Debía estudiar el asunto con calma. En silencio, escuchó atentamente el relato de la joven rubia.

—Como antes le indicaba —finalizó diciendo ella—, cuanto le he revelado debe mantenerlo en el más riguroso secreto. Esto es de la máxima importancia, Míster Pearson. Y le ruego me conceda

plena libertad de acción para adoptar las decisiones que estime pertinentes.

—Concedido, *Miss Sterling*. Y le ofrezco toda mi ayuda. No vacile en acudir a mí, si puedo serle útil —hizo una pausa, y preguntó—: ¿Ha decidido ya los términos de la comunicación a sus jefes?

—Todavía, no. Y esto es lo que más me preocupa.

Judith, de regreso a su camarote, pasó el resto de la noche tumbada en el lecho, cavilando. Estaba tan absorta en su problema, que ni siquiera pensó en ordenar la confusión reinante allí, recogiendo los múltiples efectos esparcidos por la estancia.

Estaba anonadada. ¿Qué objeto tenía ahora su viaje? Debía poner en conocimiento de *Sir John Astor* lo sucedido. ¿Y qué pensaría éste? Era la primera vez que fracasaba tan estrepitosamente. Le costaba infinito dar aquel paso, pero no podía silenciar el hecho. No tenía opción.

Agotada física y moralmente, se quedó dormida, contra su deseo, poco antes de amanecer.

Despertó de su pesado sueño al mediodía siguiente. Ante el resplandor del sol que penetraba por la portilla, se sobresaltó. ¿Cómo pudo ser tan negligente, demorando la urgente notificación a Londres?

Se incorporó rápidamente, para salir a cubierta, sin preocuparse de su tocado. Con nervioso apresuramiento, se dirigió a la cabina del radiotelegrafista.

El joven oficial acogió su petición con benévola sonrisa.

—No puedo transmitir ningún mensaje suyo, *Miss Sterling* —declaró—. Lo siento. Son órdenes —concluyó, lacónico.

La muchacha quedó perpleja, abrumada por lo inesperado de la respuesta.

¿Qué había ocurrido?

Tras el instante de lógico estupor, giró sobre sus pasos para ir en busca del capitán, en solicitud de una aclaración.

Expuso a *Mr. Pearson* lo que consideraba una extraña y desagradable anomalía, observando que él acogía sus palabras con fría reserva. Su actitud distaba mucho de ser tan cordial como en los últimos momentos de la entrevista celebrada horas antes.

Y por segunda vez, Judy se preguntó qué era lo que había

sucedido en aquel breve espacio de tiempo.

—Le aconsejo que hable con *Mr.* Hamilton, señorita —sugirió el capitán.

En la desconcertante contestación del marino, ella creyó advertir una disimulada ironía, Y se exasperó.

—¡Esto es inaudito! —exclamó—. ¿Cuáles son las atribulaciones de ese hombre? ¿Quién es, en realidad? Yo se lo diré, capitán: Un individuo que, probablemente, está fichado como sospechoso. ¿Y ha de ser él, precisamente, quien coarte a su capricho la libertad de acción que requerí de usted?

—Sí, muy lamentable, *Miss* Sterling —repuso, calmosamente, el capitán—, pero es así. No puedo rectificar lo que le he dicho.

—Pero esta situación es absurda —lamentóse ella, dolorosamente sorprendida—. Anoche, usted...

—Anoche —atajó él, rotundo— no sabía lo que hoy sé.

CAPÍTULO XV

Sí, el capitán Pearson se había enterado de cosas sorprendentes, después de hablar con el pseudo Patrick Hamilton, agente especial del

F. B. I.

Y éste, por su parte, había adquirido datos muy interesantes respecto a la intrigante muchacha rubia.

Empezó denunciando al marino la intrusión de «la llamada Judith Sterling», en su camarote, que acompañó de minucioso registro de su equipaje.

—Siento decirle, capitán, que ella le ha embaucado. Es una mujer muy hábil, y estoy seguro de que se trata de una espía —era una grave aseveración, de cuyo fundamento dudaba el propio Pat, pero le interesaba precipitar los acontecimientos, aunque fuera dándoles un curso torcido—. Nos hallamos cerca de las aguas jurisdiccionales de EE. UU. —agrego— y como súbdito norteamericano y agente del gobierno, recabo de usted el derecho de ejercer pleno control sobre este asunto.

Míster Pearson opuso algunas objeciones, pero acabó dejándose convencer por la persuasiva dialéctica del joven. Y ante sus manifestaciones, reforzadas por la demostración de su personalidad, juzgó que podía relevarse a sí mismo del compromiso contraído con Judy en lo referente a guardar rigurosamente el secreto de sus revelaciones, aunque no dejó de subrayar esta circunstancia.

La entrevista duró bastante rato, porque Pat le dio cuenta de todas las observaciones recogidas durante el accidentado viaje, reservándose todo juicio para producir mejor efecto. Sólo al final apuntó algunas conclusiones, que sembraron la duda en el espíritu del marino, induciéndole a desconfiar de la rubia Judy.

Cuando abandonó su cámara, Hamilton iba pensando en lo que podía encerrar aquel «importante mensaje oficial» confiado a la

muchacha, y que ésta declaró le había sido violentamente arrebatado.

Debía intentar despejar la incógnita inmediatamente. Podía muy bien ser verdad, y en tal caso urgía adoptar decisiones. Ahora, era realmente imprescindible cursar un radiograma a Londres.

En la cabina del radiotelegrafista, éste, instruido ya por el capitán, le cedió su asiento ante les aparatos.

Pat llevaba ya redactado su mensaje en clave, y lo transmitió inmediatamente, utilizando la longitud de onda adecuada.

Después de traducirlo, *Sir John Astor*, el jefe del «Intelligence Service», leería:

«¿Quién es Judy? ¿Qué llevaba? Dice le han robado importante mensaje oficial. Comet».

De momento, Patrick Hamilton debía esperar... Esperar la contestación, y también la turbulenta reacción de *Miss Sterling* ante las disposiciones que había tomado. Y estaba seguro de que aquélla no tardaría en producirse.

Por un instante, Judy pensó que todos se habían vuelto locos. No pedía comprender lo que pasaba. Pero era una mujer acostumbrada a reaccionar en las más difíciles situaciones, y sobreponiéndose a su indignación y su amargura, fue al encuentro del ingeniero irlandés, del hombre que *Sir Astor* le había recomendado vigilara discretamente, y que ahora, por un sarcasmo del Destino, convertíase en su guardián.

Cuando pudo hallarle, adoptó ante él un aire de elegante indiferencia.

—Vengo a recibir órdenes tuyas, *Mr. Hamilton* —manifestó, con leve tono de ironía.

—Antes tendrá que contestar a todo cuanto le pregunte, Judy —respondió él, mirándola socarrón.

La muchacha se revolvió airadamente.

—¿Es que todo el mundo se va a creer con derecho a interrogarme? —replicó, irritada.

—No se excite, Judy. Comprendo que todo esto le resulte desagradable, pero si es buena chica nada le pasará. Confíe en mí.

El tono burlonamente protector que empleaba él, acabó de encolerizarla.

—Sepa que no estoy dispuesta a tolerar sus impertinencias —manifestó, rotunda—. Y ya que, según parece, es usted quien ha de concederme su autorización para que pueda radiar un mensaje, le ruego que lo haga cuanto antes. De lo contrario, le haré responsable de los graves perjuicios que puedan sobrevenir.

—De eso hablaremos luego —contestó Pat, poniéndose serio—. Ahora insisto en que debe responder a lo que le pregunte. Venga conmigo.

Ella no demostró el menor deseo de complacerle.

—¿Es que no me ha oído? —inquirió Hamilton, con escasa amabilidad—. Sígame, no sea chiquilla —agregó, cogiéndola de un brazo.

Judy pensó que ya no debía sorprenderse por nada, y sin hablar, empezó a caminar a su lado por la húmeda cubierta.

Entraron en el camarote de él.

—Siéntese —indicó, señalándole la única silla.

Ella desoyó la invitación.

Pat se sentó al borde de la cama.

—Bueno —comentó, filosófico—. Ya se sentará cuando se canse. De todas formas, acabaremos pronto, porque el tiempo apremia.

La joven había adoptado una expresión displicente, y seguía en su mutismo.

—Anoche, cuando la sorprendí en mi camarote —continuó diciendo él, imperturbable—, dejamos interrumpida una interesante conversación. Yo tenía demasiado sueño. Pero ahora ha llegado el momento de aclararlo todo. Espero que me explique satisfactoriamente su «equivocación» de anoche.

—¡Creo que usted está chiflado! —estalló ella—. Fui víctima de un ataque brutal, me substraieron algo de vital importancia, y en lugar de hacer averiguaciones donde proceda, se entretiene en fútiles consideraciones y me impide que realice yo gestiones de la máxima urgencia.

—Estimo, Judith, que la comedia ha durado ya demasiado —replicó, con rudeza—. Vale más que cante de plano.

—¿Por qué no recapacita un poco? —preguntó la muchacha, procurando armarse de paciencia—. Sólo está diciendo disparates y

así no vamos a conseguir nada de provecho.

—No, ¿eh? —masculló Pat, levantándose y yendo hacia ella, lentamente—. Le recuerdo que la he estado observando desde que subimos al avión en Londres. Y, decididamente, su conducta ha sido poco clara en todo momento.

—¿No piensa que yo puedo opinar lo mismo respecto a la suya? —objetó, con reticencia.

—¡Ahora no se trata de juzgar la mía! —estalló Pat, perdiendo ya los estribos.

—¿Y con qué derecho se erige en juez mío? —Aún inquirió ella, rebelde.

—Eso lo sabrá en el momento oportuno —contestó rápidamente—. De momento, bástele considerar que el capitán de este buque reconoce mi autoridad para dilucidar este caso. Su presencia ante mí es sobradamente elocuente —sugirió, con suavidad.

Y la hermosa muchacha, desalentada, reconoció que tenía razón. ¡Era aquél un endemoniado embrollo!

Pero, no quería dar su brazo a torcer.

—Insisto aún en que sufrí una agresión incalificable, y no he recuperado lo que me fue robado con violencia —arguyo.

—Usted se agarra tercamente a un argumento inconsistente. Porque, ¿acaso puede demostrar que no se trató de una farsa muy bien urdida? ¿Puede probar que el hombre muerto y el desaparecido en el mar no eran sus cómplices? —le espetó, acercando mucho su rostro al de ella—. ¿Por qué no reconoce que era demasiado casualidad, que ellos estuvieran registrando su camarote, precisamente cuando usted hacia lo propio en el mío? Acción simultánea. ¿Sabe usted que el presunto Salah Elzaem Rahman, nuestro amable compañero de viaje en el «Constellation», su asiduo galanteador, ha hecho en trance de muerte declaraciones muy comprometedoras para usted?

Pat se detuvo para tomar aliento.

Ni él mismo creía en el fundamento de sus acusaciones, enteramente falsas, pero usando de la mentira esperaba descubrir la verdad que tanto le intrigaba, y con su vehemente requisitoria se proponía aturdir a la muchacha.

Ella estaba roja de indignación. Le hervía la sangre, de cólera ante lo que consideraba insólito atropello. No podía adivinar el

propósito de él, pero aunque la ira dominaba, decidió, en un instante de lucidez, esperar a ver en qué terminaba aquello.

—Sí, todo está perfectamente claro —prosiguió Patrick, enardeciéndose nuevamente—. El árabe cayó, y usted debía seguir adelante con la misión encomendada a él. Tengo pruebas —añadió tajante, ante el gesto de la atónita joven—. Le sorprendí en la bodega de equipajes del avión, cuando nos ametrallaba el «Messerschmitt», tratando de introducir en la valija de usted, algo que no pude identificar. Y anoche, con la historia del pretendido atraco, usted intentaba poner a salvo esos preciosos documentos. Con esa finalidad arribaron a nuestro barco aquellos dos «náufragos». Usted, Judith Sterling o como se llame, ya no se sentía enteramente segura.

Nueva pausa efectista. Hamilton la asaeteaba con la mirada, tratando de penetrar en su interior.

Y Judy, ahogándose de cólera, se mordía los labios para no deshacer con cuatro palabras aquella sarta de burdas patrañas.

Sí, podía hacer una revelación verdaderamente sensacional, y al proclamar su auténtica personalidad asestaría un rudo golpe a aquel presuntuoso individuo, pero ¿era posible hacerlo? Su conciencia le dijo que no. Cabía pensar que a él pudiese atribuirse lo mismo que le imputaba a ella.

Ignoraba en virtud de qué sortilegios se había adueñado de la voluntad del capitán, que horas antes estaba predispuesto a ayudarla, pero le bastaba recordar las significativas palabras de *Sir Astor*, en cuanto a la discreta vigilancia que debía ejercer sobre el presunto irlandés. Sí, debía ser un pájaro de cuidado, que operaba sin dejar huellas.

La voz enérgica de Hamilton volvió a sonar y ahora había en sus palabras un lúgubre tono agorero:

—Si no habla claro de una vez, lo pasará muy mal. Quedará detenida, bajo mi custodia, y al llegar, a Nueva York será reexpedida a Inglaterra. Se le incoará proceso bajo la acusación de atentar contra la seguridad nacional. Un cargo muy grave en tiempos de guerra... Podría significar pena de muerte.

CAPÍTULO XVI

Los nervios de Judy estaban tensos y la rigidez de sus músculos daba a su rostro una expresión hierática. ¡Aquel hombre era un cínico consumado, y su audacia no tenía parangón! Por un instante pensó en echarlo todo a rodar. La fuerza sugestiva de Hamilton en su fogosa catilinaria, había llenado su ánimo de oscuros temores, porque en realidad sentíase culpable. Debía entregar unos valiosos planos al presidente de la Junta de Producción de Guerra de los EE. UU., y...

Estaba ya en las lindes de la desesperación al verse atada de pies y manos, pero algo imprevisto, en apariencia insignificante, la libró de traicionarse.

Habían sonado unos leves golpes en la puerta del camarote. Y un marinero entró para entregar un radiograma al agente especial del F. B. I.

Éste tomó el despacho con avidez. Debía ser la contestación de «Zenit» al mensaje que le había dirigido.

Y al leerlo, vio que así debía ser, en efecto. Al menos, aquél era el remitente. Decía:

«Joszy es la *nurse* que le facilitamos.

»No lamenten que perdiera su equipo. Era malo, inservible. Sabíamos que pudiera suceder así. No la despida, Zenit».

»J».

Pat quedó estupefacto. El texto no podía ser más incoherente, y la traducción de la clave resultaba más absurda aún. Notando que la frente se le humedecía de sudor, empezó a escribir sobre el mismo papel, dando la espalda a la joven:

«Judith fue designada para acompañarle. No importa que perdiera el mensaje, pues era falso...».

No siguió traduciendo, pues el resto resultaba bien comprensible. Pero comparó una y otra vez ambos textos, hasta asegurarse de que había dado al original la versión más acertada. Y ésta parecía desconcertante... e irritante en grado sumo.

Decía «para acompañarle», pero igual podía interpretarse «para protegerle», ya que en realidad —ahora lo veía claro—, ése había sido el principal papel de la muchacha. No se le daba el nombre de *nurse* en un sentido burlón, sino práctico, por lo que a las circunstancias se adaptaba. Y si era portadora de un mensaje falso —«inservible», decía— debió ser para simular que ella era la que desempeñaba la verdadera misión secreta, intentando así apartar del camino de él todo obstáculo peligroso.

Judy, después de mirarle expectante, había terminado por sentarse, procurando serenar su ánimo. Fuera el radiograma lo que fuese, había servido, al menos, para desviar su atención de ella, y contener aquel torrente avasallador de censuras y acusaciones.

Cuando Pat se volvió a mirarla, su rostro estaba encendido de vergüenza y coraje. Sentíase avergonzado del resbalón que diera, y le encolerizaba el pensar en lo que calificó de ofensa a su dignidad.

—Bien —habló al fin, con voz opaca—. Creo que debo pedirle mil perdones. Esto lo aclara todo —agregó, señalando el papel—. Y fui un necio al no saber descubrirlo. Pero no podía suponer...

—¿Qué está diciendo? —preguntó la hermosa Judy—. No entiendo ni media palabra, después de su arrebató de antes. Y ante todo, ¿quién es usted?

Él ya no tuvo inconveniente en revelárselo.

—Mi nombre es Douglas Carrington, y soy agente especial del F. B. I.

—¡Ah! —Sólo supo murmurar ella, abriendo mucho la boca.

La sorpresa había sido recíproca, porque ninguno de los dos podía haber imaginado la estratagema de *Sir John Astor*.

—Y usted pertenece al «Intelligence Service» —continuó.

—¿Puedo saber lo que dice ese despacho? —inquirió Judy, intrigada, sin vencer aun su recelo.

Tras corta vacilación, el presunto ingeniero irlandés le tendió la

traducción, en silencio.

Y ella, que sintió flaquear sus piernas por la fuerte impresión, notóse al propio tiempo aliviada de un gran peso, y respiró con inmenso alivio. Era tan satisfactoria la noticia, que en aquel instante daba por olvidados los agravios que él le había inferido.

—¿Y esto le disgusta? —preguntó, sonriente—. ¡Pero si es lo mejor que podía ocurrir!

—Sí, ¿eh?... —replicó, mirándola hosco y ceñudo—. Que me tenga que suceder esto a mí... ¡Una niñera a mi edad!... —masculló, irguiendo su aventajada estatura, realzada por su corpulencia.

—No creo que deba interpretarlo así —apuntó Judy, tímidamente.

—¿No? ¡Pues lo dice bien claro! Vea —y le alargó el original.

Al leer la primera línea, la joven tuvo que reprimir una sonrisa.

—Bueno —dijo, devolviéndoselo—. Usted sólo debe tener en cuenta la necesidad de adaptarse a un lenguaje cifrado.

—¿Prefiere entonces el título de guardaespaldas? No lo pedí, y resulta harto ofensivo para la dignidad...

—No sea chiquillo —le interrumpió ella, suavemente—. Soy enteramente ajena a esto, que no podía siquiera imaginarlo. Se lo aseguro. Pero creo que cuando ellos lo han dispuesto así, sus razones tendrían.

—Sí, desde luego. Pero ¿qué demonios se han creído? —prosiguió, irritado—. Me basto a mí mismo. Salí sólo de Washington para desempeñar esta misión, y...

—¿Está seguro de que hubiera podido llevarla a cabo sin mí? —interrogó, con malicioso retintín—. A fin de cuentas, mi actuación como conejillo de Indias ha sido muy provechosa. Hemos alejado de momento al enemigo —concluyó, ya seria—. ¿Por qué no piensa solamente en eso?

Aquel sensato razonamiento, tuvo la virtud de calmar la exasperación de Pat, situando las cosas en su justo término.

—Tiene razón —convino, al cabo de unos instantes—. Me estoy comportando estúpidamente. Ahora... y antes. ¿Me perdona que la tratara con tanta rudeza y desconsideración? Sinceramente le digo que no creía nada de cuanto le imputaba, pero estaba empeñado en descubrir su misteriosa personalidad.

El tono y la expresión del hombre eran convincentes. Y Judy no

dudó.

—Le creo —afirmó—. Y también creo que es usted maestro en métodos sinuosos —agregó, sin rencor.

—¿Amigos, Judy? —preguntó él, con gesto compungido, tendiéndole la mano—. ¿Podrá olvidar todas las barbaridades que le dije antes?

—Amigos, Pat —repuso ella, estrechándosela con franca sonrisa.

—Bien. Ahora es usted, además, mi colaboradora. «No la despidas», indica el radiograma. Y yo no pienso hacerlo, en modo alguno, porque me he acostumbrado tanto a usted que...

—No es necesario que me galantee —atajó Judy, con picardía.

—No voy a tener tiempo —replicó Pat, con sonrisa insinuante—. Iba a decirle que disponemos de poco más de veinticuatro horas para preparar un buen plan de acción. Hay que prever todos los riesgos. Porque cuando los espías descubran que han sido burlados... Ciertamente usted va a correr demasiado peligro. ¿Por qué no toma las de Villadiego, cuando desembarquemos? —propuso, de súbito.

—Ni lo sueñe. Sé cuál es mi deber.

—¿Y si le dijera que su presencia puede serme molesta, porque me recuerda la jugarreta que me han gastado? —mintió él, con el afán de que no se expusiera.

—No me convencerá —declaró, rotunda—. Por lo demás, conociéndole, estoy enteramente persuadida de que no dudaron de su valía, pero quisieron tomar precauciones, dada la importancia de su misión. Es asombroso el lujo de elementos que ha desplegado el enemigo intentando apoderarse de...

—De unos planos —completó Patrick—. Seguramente debía ser eso lo que usted misma creyóse llevar.

—Así es.

—Pues conviene que sepa, por si algo me ocurriera, que los auténticos los llevo yo. En mis bolsillos —y mostró los dos sobres.

—Pero yo sólo veo que contienen unas cartas —objetó, sacándolas.

—Ése es el verdadero secreto —sonrió él—. Pero no dudo de que ahí están los famosos planos. Escuche...

Siguieron hablando largo rato, haciendo proyectos, y examinando todas las posibles contingencias.

Acordaron no descubrir a nadie aquel nuevo aspecto de la situación entre ambos, y el agente del

F. B. I.,

determinó que lo más prudente bajo todos los aspectos era que Judy quedase recluida en su camarote —el de ella— bajo su directa vigilancia. Así, no sólo dejaban a salvo las apariencias, sino que quedaría guardada de cualquier ataque imprevisto. Porque no estaba aclarado aún si había a bordo alguien sospechoso.

Desde luego, Pat se propuso someter a un discreto control a todos los tripulantes, y requeriría autorización para fiscalizar todos los mensajes que se recibieran.

Se aproximaban momentos decisivos.

CAPÍTULO XVII

En aquella media noche, en la rústica granja inglesa, Kastner se hallaba ya ante Hans y Arístides.

Había empezado un somero relato de las incidencias registradas desde que, con su compañero, en un bote neumático, fue abandonado en el mar por el mismo sumergible que días después le recogiera.

—¿Qué fue de Hertel? —inquirió Arístides Bolívar, interrumpiéndole, cuando explicaba la lucha a bordo del «Norfolk».

—Ignoro su situación y paradero. Fuimos atacados al salir del camarote de la chica, y él me cubrió la retirada. Luego, alguien cayó sobre mí, y por poco me desnucó. Perdí el sentido... y cuando lo recobré, ya estaba entre las olas y no vi rastro de Hertel.

Arístides hizo un gesto de contrariedad.

—Si le hacen hablar... —insinuó Arístides.

—No hablará —aseguró Hans.

Se volvió hacia Kastner, que iba a proseguir, y disparó una pregunta:

—¿Trae los planos?

—Sí, jefe —contestó, con tono que dejaba traslucir su orgullo.

Y sacó de un bolsillo interior el sobre oblongo, que entregó a Schultz.

Éste lo tomó, con avidez. Aquel sobre tenía un valor incalculable.

Rápidamente ojeó su contenido, que desparramó sobre la mesa. El sudamericano se había acercado, ansioso.

En la cara de bulldog de Hans Schultz, se dibujó un gesto de perplejidad. Arístides frunció el ceño.

—¡Estos planos son falsos! —aulló el alemán.

La exclamación retumbó extrañamente en la vasta sala, y resonó con trágicos ecos en el cerebro de Kastner, que quedó como

petrificado.

Y se estremeció al sentir fijos en él los ojos de Hans, ojos de un azul desvaído, que revelaban crueldad.

—¡Maldición! —rugió Arístides—. ¡Se nos escapan! Ahora hay que poner toda la carne en el asador. Disponemos apenas de veinticuatro horas, que son muy pocas, habiendo un Océano por medio. Hay que movilizar todos los recursos disponibles.

—Usted podrá partir en avión inmediatamente —señaló Schultz—. Con Salah Elzaem no hay que contar. Tardará tiempo en restablecerse, y, además, se le vigila demasiado. Bastante lamentará él no poder continuar ocupándose de este caso, en el que tuvo una intervención tan destacada.

Kastner, desolado, había ido replegándose hacia la zona de sombra, como si intentara pasar inadvertido.

El vozarrón de Hans le hizo casi dar un salto.

—¡Acérquese, Kastner!

Cuando lo tuvo ante sí, fulminándole con la mirada, rezongó:

—Merecería que le azotara hasta desollarle, y después... le pegara un tiro. ¿Puede siquiera imaginar el trastorno, el gravísimo perjuicio, que nos ha causado con su ineptitud?

—Pero... jefe... —balbució el hombre—. Yo no tengo la culpa... y creo que Hertel tampoco. Cumplimos fielmente las instrucciones recibidas. Y le aseguro —concluyó, con más firmeza— que la chica, creyendo que le arrebataran un tesoro, se defendió y luchó como una loba.

Por un momento, Hans, obcecado, pensó en descargar toda su cólera sobre su satélite, pero sus palabras le hicieron reflexionar.

—¿Y quién nos asegura que, mientras estuvo usted en el Limbo, no hizo alguien el cambiazó? —inquirió Arístides, bajo la impresión de una súbita sospecha.

—Eso no era posible —respondió Kastner, rápido—. En lugar de cambiar lo que contenía el sobre, me hubieran detenido o matado. Nuestra fuga del encierro promovió a bordo demasiado alboroto, y los ánimos estaban muy excitados. Nos acosaban como a perros rabiosos.

—¿Cuántos hombres les atacaron? —preguntó Hans.

—¡Oh, eran muchos y bien armados!

—Fíjese bien, Kastner. Me refiero al momento de ir a salir del

camarote. A la ocasión de que habló al principio —subrayó el nombrado jefe.

—Ah, entonces fue... uno solo.

—¡Uno solo! —barbotó Hans, despreciativo.

—Sí, pero valía por tres. Se lo aseguro. Era un huracán.

—¿Puede describirlo?

—Creo que sí. Alto y corpulento, moreno, ojos grises, algo menos de treinta años. Era, desde luego, el único pasajero de a bordo.

—¡Patrick Hamilton! —exclamó Arístides.

—¡El irlandés! —dijo Hans—. Debimos prestar más atención a las indicaciones de Salah. Lo comprendo ahora. Ese demonio ha pasado demasiado desapercibido. Cabía sospechar de su precipitado viaje. ¿Quién es, en realidad?

—Conviene averiguarlo rápidamente. Aunque no tenemos demasiado tiempo para hacer averiguaciones. Y su actuación, a partir del momento en que fue atacado el «Constellation», ha sido bastante significativa.

—Él debe llevar los planos. Salga para América enseguida, Arístides, y a su llegada ponga en acción a toda nuestra gente. Yo me ocuparé de anunciar su próximo arribo, para que los jefes de Sección estén apercebidos. ¡Hay que obtener esos planos y no debe reparar en medios para lograrlo!

CAPÍTULO XVIII

Después de la larga conversación que celebraron Pat y Judy en el camarote de él, y que tuvo tan tempestuoso principio, las horas de aquella tarde transcurrieron rápidamente para el agente del F. B. I., absorbido por las múltiples actividades que se había propuesto acometer.

Cuando ya de madrugada se retiró a descansar, en su mente comenzaron a abrirse paso pensamientos de muy distinta índole, que habían permanecido latentes durante aquellas horas.

Pensó en Judy, pero no en la intrépida agente del «Intelligence Service», sino en la encantadora muchacha rubia que poseía tan singular hechizo.

Al derrumbarse de modo tan inesperado la densa barrera de dudas y recelos que los separaba, Pat se dio cuenta de que Judy le gustaba. Sí, le gustaba mucho.

¡Qué extraño que no lo advirtiera antes! Sin embargo, ahora comprendía la razón del malestar que sentía cuando en el avión el árabe la galanteaba. Ella ya le había subyugado.

Y ahora, en la acalorada discusión de horas antes, pudo observar todas sus reacciones. Pudo aquilatar su gran valía. En los últimos momentos de permanecer a su lado, estaba pendiente de todos sus gestos y palabras, y la miraba con diferentes ojos.

¿Se habría enamorado de ella?

Fue un pensamiento súbito y deslumbrante como una revelación, que le mantuvo despierto durante largo rato.

—Y dime, Judy, ¿cómo se te ocurrió la idea de ingresar en el Servicio Secreto?

El tuteo había surgido espontáneo entre ellos. Se hallaban a popa, sentados sobre las tablas de cubierta, semiocultos entre unos

fardos y una pila de cordajes.

Ya faltaban pocas horas para llegar a tierra americana, y Pat decidió que saliera de su «encierro». También ella podía recoger observaciones interesantes.

—Afán de aventuras —respondió evasiva, tras corto silencio.

—¿Nada más? —inquirió, incrédulo.

—Mi hermano pertenecía al «Intelligence Service», y lo mataron alevosamente —manifestó, con ojos húmedos de llanto—. Yo quise continuar la labor que él no pudo terminar.

Ansiando consolarla, sintiendo que su pena repercutía en su propio corazón, Pat la atrajo hacia sí, enlazando su talle y haciendo que apoyara la dorada cabecita en su hombro.

Y teniéndola tan cerca de sí, pensando en consolarla tiernamente, sintió revivir en su alma una felicidad desconocida. La gentil presencia de Judy abría ante él horizontes nuevos y nuevas ansias de vivir.

Esto era para Pat una gratísima sorpresa.

Una guapa *nurse*. Ya que se la habían destinado, ¿no podría ser, más adelante, la *nurse* de sus propios hijos, de los hijos de ambos?

El convoy había llegado a su destino, y los barcos que lo formaban, anclaron en los lugares previstos, después de la inspección sanitaria.

Tras las maniobras de atraque, que se efectuaron con la mayor rapidez, el «Norfolk» pegó su costado al muelle, y la pasarela fue tendida.

Era la una de la madrugada.

Separadamente, como si no se conocieran, Pat y Judy bajaron a tierra. Mr. Pearson permitió que la muchacha abandonase el barco porque Hamilton, en el último momento, reveló su identidad.

Se habían iniciado las operaciones de descarga.

Y, de pronto, cuando el agente del

F. B. I.,

sólo se había apartado unos metros de la pasarela, caminando paralelamente al buque, una voz le gritó:

—¡Cuidado! ¡Apártese corriendo!

El tono apremiante del grito, le hizo dar un rápido salto de costado que le puso fuera de la vertical de caída de una pesada y voluminosa caja que, una fracción de segundo después, se estrelló

contra el suelo, con fragoroso estrépito.

Se hizo gran revuelo, acudió gente, e intervino la policía del puerto, dispersando los grupos y tratando de esclarecer el hecho, para definir responsabilidades. Practicaron algunas detenciones.

El «accidente» se había producido a causa de la rotura del cable de una cabria, y muchos decían que pudo costar la vida a un hombre.

Pero este hombre había desaparecido en el barullo, renunciando a toda reclamación o protesta. Patrick Hamilton no podía perder tiempo, y menos ahora, pues «sabía» que la red de asechanzas empezaba a estrecharse en torno suyo.

No le interesaba descubrir al que materialmente había provocado aquello, porque sabía dónde estaba el cerebro inductor. Y lo más importante era que, una vez más, había salvado la vida.

Con paso rápido, se encaminó al punto señalado a Judith para que le aguardase.

Antes de llegar, vio surgir de la neblina una figura femenina, que avanzaba rápidamente en dirección opuesta. Cuando iba a cruzarse con él, se le cayó la cartera que llevaba bajo el brazo.

Pat se inclinó a cogerla, sin dejar de vigilar cualquier movimiento sospechoso.

Y al recibirla de sus manos, ella susurró:

—Soy del

F. B. I.,

Mr. Comet. Vaya alerta. Están bloqueados todos los caminos a Washington, según confidencias recibidas. En la carretera, desconfíe de los policías motoristas. No utilice avión, aunque el tren y el barco sean peligrosos también.



—Obre con cautela. Están bloqueados todos los caminos...

Antes de que pudiera formular cualquier pregunta, la joven se alejó presurosa y a poco fue engullida por la lluvia.

Pat pensó: «Probablemente les dejan hacer para pescar a todos. Será un programa divertido, si no me pescan ellos a mí». Y se dirigió en busca de Judy.

Ésta le aguardaba ansiosa. Se había enterado del suceso por los comentarios de unos marineros que pasaron, y tenía el corazón en vilo.

No podía correr a su encuentro, porque él le había recomendado que no se moviera, y aquella espera se le hacía angustiosa.

En aquellos momentos interminables, tuvo la certidumbre de que el apuesto Douglas Carrington —así le nombraba ella en su pensamiento— no le era indiferente. A fuerza de fijarse en él, «cumpliendo órdenes», le había parecido guapo, arrogante y seductor. Y aun teniendo un temperamento rebelde por naturaleza, sintió cierto secreto placer en verse avasallada por él.

Sí, el pseudo ingeniero irlandés, sin proponérselo, había cautivado su inquieto corazón de muchacha ávida de emociones.

En medio de su zozobra, recordaba con deleite los momentos pasados aquel día en la cubierta del «Norfolk». Y estaba decidida: si él se le declaraba, aceptaría su amor.

«Él» se aproximaba ahora, con su paso rápido y firme.

Y ella le tendió las manos, con irreprimible efusión.

—Temía que te hubiese pasado algo —murmuró, temblorosa—. Ya sé lo que ha ocurrido.

—¡Bah! Eso sucede a menudo —dijo, quitando importancia al hecho, y estrechando afectuoso sus manos—. Vamos —añadió, cogiéndola del brazo.

Había desdeñado los taxis más cercanos, y se alejó con ella hacia otros muelles, entre tinglados y pilas de mercancías, procurando despistar a cualquier seguidor.

—Lo que me preocupa —manifestó, al cabo de unos instantes— es el peligro que puedas correr tú. Según informes fidedignos, el viaje hasta Washington puede resultar bastante accidentado.

—No me importa —declaró ella, rotunda.

—A mí, sí —replicó, dirigiéndole una profunda mirada, que aceleró los latidos en el pecho femenino—. Créeme, Judy, debes apartarte de mí. Mi compañía, en esta ocasión, puede ser fatal.

—No insistas, Pat —atajó sonriente, pero en tono resuelto—. Iré contigo a dónde tú vayas, y no me separaré de ti hasta el fin.

»Hasta el fin... La frase pronunciada con vehemencia, hizo reflexionar a Pat, aunque seguramente ella no le había dado el alcance que para él supuso.

—Será como tú quieras —repuso, con voz que tenía un leve matiz de emoción, mientras cogía su mano y la besaba, estrechando su talle con ternura.

Habían salido del recinto portuario, y ante varios taxis colocados en batería, Pat escogió uno al azar.

Al subir, dio el nombre de un garaje donde le alquilarían un coche, sin chofer, para dirigirse a la capital de la nación. Puesto que todos los medios de locomoción ofrecían peligro para él aquella noche, la elección de aquél era, pues, acertada, ya que todo dependía de su iniciativa y de su destreza como as del volante.

No había riesgo mientras no saliesen de la populosa ciudad de los rascacielos, y Pat, desechando otras ideas, prefirió ahora pensar tan sólo en que llevaba a su lado una hermosa muchacha que consideraba ya como su novia de hecho.

Claro que no conocía bien los sentimientos de la joven, pues aún no habían hablado de amor, pero creyó adivinarlos porque la mirada de sus bellos ojos expresaba lo que los labios no dijeron todavía.

Sí, sentíanse ya unidos, y él tendría que defenderla ahora con todas sus potencias.

CAPÍTULO XIX

El plan concebirlo por Arístides Bolívar con inteligencia digna de mejor causa, para apresar al irlandés, era audaz y ambicioso, extremadamente temerario, y podía reportarles el triunfo o hundir a todos en el más catastrófico fracaso. Pero ahora se lo jugaba todo a cara o cruz.

En la imposibilidad de reclutar, en tan breve plazo, toda la gente escogida que se necesitaba, hubo que recurrir a los servicios de vulgares malhechores, que tenían sus madrigueras en los tenebrosos recovecos del Bronx.

Y así, toda la heterogénea y repulsiva fauna de los bajos fondos de Nueva York, estafadores, tahúres, traficantes turbios, pistoleros y delincuentes de toda laya, se habían reunido a la llamada de Kastner —que acompañó al sudamericano en el viaje aéreo—, atraídos por el espejuelo de un fantástico botín. Se pusieron al frente de los grupos, cuántos dedicándose a los más oscuros negocios, escaparon a la *razzia* que el

F. B. I.,

realizó al entrar EE. UU., en la guerra. Eran éstos, hombres muy diestros y peligrosos.

Previamente seleccionados por Arístides, a la hora precisa, tomarían posiciones en los trenes y en diversas zonas del puerto, y disfrazados de motoristas de la policía de tráfico, patrullarían por las carreteras. Incluso algunos se apostarían en los aeródromos.

Pat y Judy habían ya dejado atrás los arrabales de Nueva York.

Bajo la noche sin luna, el potente automóvil que conducía aquél, devoraba millas a lo largo de la amplia y asfaltada pista, y siguió rodando velozmente durante una hora, sin que se produjese el menor incidente.

A su lado, la rubia muchacha escrutaba la lejanía, más allá de la

zona brillantemente iluminada por los faros.

De pronto, antes de llegar a un cruce, divisaron un coche detenido por dos policías de tráfico de carreteras.

¿Serían policías auténticos?

En la duda, Patrick Hamilton pensó que lo más prudente sería seguir el consejo de la agente femenina del

F. B. I.,

afrontando las consecuencias. Todo sería preferible a que les ametrallasen impunemente a quemarropa, mientras exhibía la documentación o que les persiguiesen después a tiros.

Fue deteniendo gradualmente la marcha mientras se aproximaba, como si se dispusiera a parar, pero de súbito, cuando ya estaba muy cerca, presionó el acelerador.

El soberbio automóvil pasó ante los motoristas como una exhalación.

La sorpresa de éstos ante la inesperada maniobra, fue brevísima, pero el «Packard» pilotado por Hamilton, en su rauda velocidad, se había alojado lo suficiente para que los disparos que le hicieron, resultasen ineficaces en la obscuridad.

Convencidos de ello, los motoristas de uniforme —que en realidad pertenecían a las huestes de Arístides— saltaron sobre sus veloces máquinas, y arrancaron con ensordecedor ruido en persecución de los fugitivos.

En el mismo momento, el acompañante del chofer del coche detenido, después de guardar los papeles que fingió mostrar a uno de los falsos policías, abrió la comunicación del pequeño transmisor de radio, notificando a los otros grupos y al propio jefe, la fuga del «Packard», cuyas características y matrícula detallaban. Ciertamente no podían decir si en él iba quien buscaban, pero era preciso averiguarlo.

Siguieron vertiginosamente carretera adelante, para apoyar la acción de los motoristas, mientras el perfecto servicio de enlaces y observadores establecido por Arístides Bolívar, empezaba a funcionar con rapidez.

La desenfrenada carrera del automóvil que guiaba el agente secreto, con fría serenidad y absoluto dominio, no se prolongó muchas millas.

Tras una pronunciada curva, surgió casi de repente ante ellos,

medio atravesado en la carretera, un descomunal carro cargado de haces de heno.

La colisión parecía inevitable, pero en tan crítico instante quedó bien patente la incomparable habilidad de Pat. Disminuyendo la velocidad, imprimió un rápido giro al volante, y proyectó el coche sobre un desmonte que en suave pendiente se elevaba a espaldas del carro.

Pasó casi rozando éste, y jadeando bruscamente la cola del auto, hizo que el extremo del parachoques posterior se enganchara en una rueda del carro.

Se abolló el parachoques con la fuerza de la embestida, pero el carro se tambaleó, y volcó aparatosamente a causa de lo voluminoso de la carga. Los haces de heno se desparramaron por la carretera, obstruyendo el paso, y la caballería, que se había encabritado, completó la obra con el mayor acierto, arrastrando el carro y destruyéndolo.

Con escalofriante chirrido, el «Packard» había descendido del terraplén a la carretera, y siguió la marcha a todo gas.

El rugido de las motos se percibía próximo, pero éstas quedaron detenidas por el mismo obstáculo que habían preparado para atajar a los perseguidos. Sólo que ahora era un verdadero obstáculo y tuvieron que desmontar para abrirse paso.

Casi enseguida, varias balas pasaron silbando, y una de ellas se alojó en el neumático de repuesto del «Packard». Otra, atravesó el guardabarros.

Pero seguían alejándose.

Iban a cruzar ante una carretera secundaria, cuando vieron avanzar por ella dos luces tenues. No podían definir de qué se trataba, a causa de la obscuridad, que era impenetrable, pero Pat tuvo la intuición de que se trataba de otros nuevos enemigos.

Un minuto después, los motores de dos poderosas «Norton» zumbaban por la pista. Ya habían encendido sus faros.

—Hay que derribarles —dijo Hamilton—. ¿Serás capaz de sujetar el volante mientras yo disparo? —preguntó a su compañera.

—¡Ya lo creo! —le contestó, resuelta.

Se pegó a él, inclinándose sobre el volante, mientras él se arrimaba a la ventanilla empuñando su «Webley».

Dos fogonazos casi simultáneos brillaron en la noche. Las

detonaciones quedaron amortiguadas por el roncar del motor.

Los faros de las motos habían quedado un poco atrás, cuando Pat volvió a hacer fuego, vaciando el cargador. Ahora todos los tiros fueron aprovechados. Las luces se apagaron, y un neumático reventó, de resultas de un impacto. El otro motorista se inmovilizó definitivamente, con una bala en el pecho, cuando se disponía a hacer fuego a su vez.

El agente del

F. B. I.,

se reintegró al volante.

—Cárgala de nuevo —indicó a Judy, tendiéndole el arma—. Aquí llevo municiones —agregó, señalándole un bolsillo.

El peligro había sido conjurado, pero sólo momentáneamente. Lo presentía. Dentro de poco, tendrían otra vez tras ellos a los que habían dejado atrás. Eso si no surgían nuevos enemigos.

Que no tardaron en aparecer, de frente esta vez.

Ahora no se trataba de motoristas, sino de un, automóvil que remontaba, trepidante, la cuesta que se abría ante el «Packard». Claro que podía tratarse de cualquier coche inofensivo, pero en previsión de cualquier desagradable contingencia, Pat colocó la «Webley» sobre el volante, después de pedir a Judy que quitara el seguro.

Reduciendo la velocidad, dijo a la muchacha:

—Abre la portezuela y si disparan arrójate a la cuneta.

Ella nada objetó. Tenía fe ciega en Douglas Carrington.

Y él sintió hervir su sangre con afanes de pelea, pero no debía exponer a la mujer que amaba, y, ante todo —así lo exigía su deber —, procurar que los planos llegasen a su destino. Por ello, tenía que eludir, en lo posible, la lucha que deseaba.

En el remate de la cuesta apareció el coche que se aproximaba, proyectando sus faros sobre el parabrisas del «Packard»... En el acto, tableteó una metralleta, y la ráfaga mortal perforó el cristal en varios puntos.

Pero Pat, al verse cegado por los focos, inclinó el busto sobre el asiento que Judy desalojaba, al lanzarse afuera, cuando brilló el fogonazo.

Y precediendo con increíble rapidez, embolsó el auto y lo lanzó contra el del enemigo, mientras se arrojaba en seguimiento de la

muchacha.

En la cuneta, a unos metros de ella, no tuvo necesidad de usar la pistola que había recogido a tiempo.

Los agresores se vieron sorprendidos con su estratagema, y el conductor no supo esquivar enteramente la mole que se le venía encima con la velocidad de un bólido.

El choque fue espectacular, y el «Packard» quedó empotrado sobre el otro, que había caído de lado, con sus ocupantes muertos, antes de que la gasolina empezara a arder.

Cogiendo en sus brazos a Judy, que sentíase aturdida y magullada a causa del batacazo —aunque el césped y las hierbas de la cuneta amortiguaron su violencia—. Patrick pensó que no podía quejarse de su suerte.

Ahora había que alejarse rápidamente de allí, porque pronto se precipitarían sobre aquel lugar los buitres humanos que les acosaban.

A lo lejos, a un lado de la carretera, parpadeaban las luces de un pueblo. Se encaminarían a él, y si no tenía estación o no paraba el más próximo tren, buscaría el medio de seguir su azaroso camino hacia el sur.

CAPÍTULO XX

Judith Sterling se había comportado valientemente en la ruda prueba que acababan de sufrir. Primero, con serenidad inalterable en todo momento. Después, con ánimo esforzado y sin exhalar una queja a pesar de las dolorosas magulladuras y contusiones que sufría.

En su marcha hacia el pueblo a lo largo de pedregosos senderos que serpenteaban entre los campos, Patrick Hamilton la llevaba enlazada por la cintura muy junto a sí, con la mano de ella sobre su hombro, ayudándola a salvar las sinuosidades del terreno, y dirigiéndole a veces alguna frase confortadora.

Al divisar la estación, se dirigieron a ella, informándose de que el primer tren pasaba una hora más tarde, a las cinco y minutos de la mañana.

Una hora larga de espera, era demasiado tiempo en aquellas circunstancias. Y según ya sabía, el tren no estaría exento de los peligros que ofrecía la carretera.

Dejó a «su esposa» con el jefe de estación, manifestándole que se encontraba algo indispuesta, y se encaminó hacia el garaje que aquél le había indicado.

La gestión resultó enteramente infructuosa. El empleado de turno le dijo:

—Lo siento, señor. No hay un solo coche disponible. Ayer tarde fueron alquilados todos a un grupo de turistas.

En otro garaje le dieron análoga contestación.

Y Pat sospechó quiénes podían ser aquellos «turistas», ya que se encontraba en plena zona de operaciones de los espías.

Lo que ignoraba, era que precisamente en aquella población, había instalado Arístides Bolívar su cuartel general.

Desde luego, no valía ya la pena de mirar si algún taxista tenía el coche encerrado aún, disponible. Se exponía a perder el tiempo, y

llegar tarde al tren.

Emprendió el regreso a la estación.

Judy se sentía ya impaciente por su tardanza, y algo intranquila. En dos o tres ocasiones, en los últimos minutos, había visto asomar rostros huidizos tras los cristales de las ventanas de aquella habitación, situada en la parte posterior del edificio.

Hamilton sonrió al participárselo ella, aunque no dudaba de que lo viera. Les acechaban enconadamente.

También a media voz, él le comunicó el resultado de sus gestiones. Luego, se interesó por su estado, y bromeando, dejaron transcurrir aquel rato.

El agudo pitido del tren les advirtió de su proximidad.

Cuantió entró en la estación con ensordecedor estruendo, salieron al andén, donde ya aguardaban muchas personas, granjeros en su mayoría, al parecer. Aquella afluencia de viajeros extrañó al jefe de estación, porque resultaba algo insólito en aquel pueblo.

Después de despedirse del amable ferroviario, subieron Pat y Judy a un vagón de primera clase. Instantes más tarde, el convoy se puso en movimiento.

Y aquél fue el momento que Arístides y Kastner aprovecharon para subir al vagón contiguo, por la parte opuesta al andén. El sudamericano estaba furioso. Se había enterado tarde de la presencia de Hamilton en la población.

Patrick y Judy ocuparon un compartimiento vacío, y se dejaron caer sobre los mullidos asientos, exhalando un suspiro de satisfacción. También a él le dolían todos los huesos.

Mirando a su compañera, le dijo:

—¿No te advertí, querida Judy, que era muy expuesto venir conmigo?

Ella, sonrió plácidamente, y opinó:

—En el fondo todo este jaleo lo he promovido yo. Por tanto, no hubiera sido justo que me inhibiera.

—Celebro tu buena disposición. Presiento que antes de que se haga de día, tendremos una espléndida sesión de fuegos artificiales. Hay que adoptar precauciones.

Y hablando así, corrió las cortinillas y empezó a desliar dos grandes mantas de que se había previsto, y que llevaba sujetas con correas. Desdoblándolas en toda su anchura, las enrolló luego,

colocándolas, en posición vertical, en cada uno de sus asientos. Dadas sus dimensiones, llegaban hasta el suelo.

—Quítate el abrigo —indicó a la muchacha, mientras él se despojaba de la gabardina.

Poco después, las dos mantas, envueltas en aquellas prendas y cubiertas en su extremo superior por el fieltro de él y la boina de ella, presentaban, con la luz apagada, el aspecto de dos durmientes.

Retrocediendo hasta la puerta, Judy se dijo que, quien entrase, tendría tal impresión.

Luego, ayudada por Pat, se encaramó al espacio vacío, destinado a equipajes, que se abría sobre la puerta, y correspondía al techo del pasillo del vagón. Él subió después, izándose con ágil flexión.

Bien acurrucados, cabían los dos, e incluso podían sentarse, encogiendo las piernas.

—Estaremos algo estrechos, pero seguros —comentó Hamilton—. Y desde luego, me gusta mucho estar tan cerca de ti —concluyó, abrazándola.

Ella se apresuró a retirarle el brazo.

—No te aproveches de la ocasión —le dijo, maliciosa.

Pat fingió que se enfurruñaba, e iba a replicar, cuando un extraño y confuso griterío, llegó hasta ellos. Casi enseguida, percibieron alocadas carreras a lo largo del corredor, bajo ellos.

Varias voces, gritaban:

—¡Fuego! ¡Fuego en el tren!

Judy se estremeció. El expreso corría a una velocidad de setenta u ochenta millas, y así era muy fácil que el incendio se propagase con pavorosa celeridad. Pero nada dijo.

Pat le aconsejó:

—Ten amartillada tu pistola, por lo que pueda ocurrir. Estoy seguro de que esta «función» va dedicada a nosotros. No bajes.

Luego saltó al suelo y abrió la puerta.

En el corredor, una mujer cayó presa de un ataque de histerismo y tuvo que ser arrastrada rápidamente al interior de un compartimiento, para evitar que la atropellasen.

El agente secreto corrió a la ventanilla, e hizo bajar el cristal.

Empezaba el amanecer, pero el deslumbrante resplandor del incendio, que había estallado en el vagón anterior al contiguo, iluminaba todo con claridades fantasmagóricas. Las llamas

asomaban ya por casi todas las ventanillas, y el humo era denso, irrespirable.

Subió apresuradamente el cristal, y volvió a asomarse a la puerta.

En el corredor, la confusión era ya tremenda. Entre alaridos y maldiciones, que se mezclaban con las voces exhortando al orden, la gente se atropellaba. Habían chocado los que huían empavorecidos del vagón siniestrado, y los que acudían para sofocar el siniestro entre los que iban algunos ferroviarios y agentes de policía.

Por fortuna, el tren, que había ido disminuyendo sensiblemente de velocidad, paró al fin con brusca sacudida, que arrojó a unos sobre otros. En realidad, habían transcurrido pocos segundos desde que funcionara el aparato de alarma.

El pasillo empezó a descongestionarse, al ir descendiendo por las portezuelas los ocupantes.

—Éste será el peor momento para nosotros —comentó Pat al encaramarse de nuevo a su escondite, después de cerrar la puerta.

Por un momento había pensado en salir al campo con los demás, pero recapacitando se dijo que para sus perseguidores, sería aquélla una excelente oportunidad para eliminarlos a favor de la confusión reinante. Y allí, tendría ocasión de deshacerse de ellos. No se molestó en retirar las mantas tan ingeniosamente dispuestas, aunque comprendió que habiéndose producido aquel siniestro, el truco resultaría poco convincente. También cabía confiar que les buscasen en todas partes, menos allí.

Aquel vagón debía hallarse vacío, porque les envolvía un silencio impresionante, que contrastaba con el griterío que arreciaba más allá.

Con todos los músculos en tensión, Pat y Judy aguardaban lo que podía suceder de un momento a otro.

De súbito, la puerta se abrió.

—¡Arriba, perezosos! —conminó una voz sarcástica dirigiéndose a los presuntos durmientes—. ¿Creísteis que aquí no os cogeríamos, eh?

En el compartimiento habían entrado tres hombres armados. Uno de ellos fue a encender la luz, pero no llegó a conseguirlo.

Pat Hamilton saltó sobre ellos, derribando a uno después de

golpear en la cabeza, con la pistola, a otro. Judy saltó tras él, arrogándose sobre el tercero.

Y para el miembro del

F. B. I.,

luchador consumado, fue tarea fácil dejar sin sentido a los dos, que, bajo lo que les cayó de lo alto, habían quedado aturridos. El otro se hallaba tendido, a causa del contundente culatazo.

Pero por el pasillo se acercaban cuatro hombres más, dos por cada lado.

Pat ya sabía que se arriesgaba mucho al descender. Más, no había opción, porque al fin les hubieran cazado en aquella ratonera.

Antes de que se aproximasen más, hizo fuego en ambas direcciones sucesivamente, e hirió a uno, por lo menos. Las dos parejas desaparecieron en el interior de los más cercanos compartimientos, después de disparar también.

—¡Pronto, Judy! —apremió—. ¡Salta por la ventanilla, y huye por debajo del vagón!

Pero ella no pudo hacerlo así, porque al mirar al exterior, precavidamente, vio dos hombres más, apostados estratégicamente, que empuñaban sendas pistolas.

La situación era endiabladamente difícil.

Pat no veía el modo de forzar la salida, sin caer acribillados. Acaso lo lograsen presentando como escudo a uno de los hombres que, a sus pies, estaban inanimados, pero esta treta le repugnaba.

Y ya que de momento habían de permanecer allí, bueno sería asegurar la pasividad de los caídos.

—Átalos —indicó a su compañera, señalando las correas que sujetaron las mantas, y tendiéndole su propio cinturón, mientras él vigilaba el pasillo.

Ella se afanó en la tarea, sirviéndose también de los cinturones de los inanimados, para mayor seguridad.

Confiado en su eficiencia, él concentraba su atención en el pasillo, escasamente alumbrado por la tenue claridad del alba, que allí dentro hacía más confusas las sombras.

Metro a metro, pasando de un compartimiento a otro, deslizándose pegados a la pared, y disparando alternativamente los de un extremo y otro para no herirse entre sí y proteger sus propios movimientos, los cuatro hombres iban estrechando el cerco.

Uno de ellos, alcanzado por un certero balazo de Hamilton, se desplomó definitivamente. Al otro lado del pasillo, otro avanzaba con un brazo sujeto por un pañuelo, herido ya al principio.

Pero el agente secreto estaba cogido entre dos fuegos, y habiendo agotado todas sus balas, usaba la pistola de Judy.

De súbito, sintió como un latigazo abrasador en el hombro izquierdo, al ladearse instintivamente, uno de los hombres que acechaban a su derecha, se lanzó como un tigre sobre él.

La embestida fue tan inesperada y violenta, que ambos rodaron por el suelo. Y mientras Pat, herido, pugnaba por zafarse de su enemigo, y se disponía a asestarle uno de sus golpes demoledores, la voz de aquél susurró a su oído algo sensacional:

—¡No me machaque, Comet! Soy del

F. B. I.

Nos hemos infiltrado entre esos bandidos. Hay que derrotarlos.

CAPÍTULO XXI

No hubo tiempo para más explicaciones, pero con su aguda perspicacia, Patrick Hamilton adivinó parte de la realidad, recordando la confidencia de la mujer que se cruzó con él en un muelle de Nueva York.

En aquel instante, un angustioso grito de Judy le hizo saltar como impulsado por un resorte.

¡Uno de aquellos forajidos se la llevaba en volandas!

Había sucedido que Judy iba a arrojarle sobre el hombre que derribó a Pat, cuando otro sujetóla férreamente arrastrándola consigo.

Y el joven corrió tras aquel individuo, saltando por encima del muerto, y abandonando a los tres que fueron inmovilizados en el compartimiento, pero Strong, el que le hizo la asombrosa revelación, le detuvo con firmeza por un brazo.

—¡Espere! Si sale persiguiéndole, nos acribillarán. Fingiré que le llevo prisionero.

Patrick sentía arder su sangre, enardecido por la lucha, pero juzgó que la sugerencia era acertada, y se contuvo.

Wooden, el herido en el brazo, que resultó ser otro agente, se unía a ellos, saludando a Pat con un amistoso gesto.

—Lo siento de veras, amigo —le dijo éste.

—No le guardo rencor, Hamilton —contestó Wooden, esforzándose en sonreír.

Entre ambos, que le sujetaban por los brazos, y con las manos a la espalda como si las llevara atadas, Pat bajó del vagón. Tomaron la dirección contraria a la del tren, hacia la cola, porque delante de ellos, a corta distancia, iba el hombre que conducía a Judy.

Nadie se había fijado en éste, porque la atención de la gente estaba absorbida por el incendio, y si alguien reparó en él debió pensar que aquella muchacha había sufrido un desmayo a

consecuencia del susto.

Ante la imposibilidad de dominar el fuego con los extintores del convoy, se procedió a aislar el vagón siniestrado, y ya estaba separado por su parte anterior, cuando unos tiros resonaron entre el fragoroso ruido de la locomotora, que partía llevándose en uno de los coches cama, a los que sufrieron quemaduras más graves.

Se produjo un instante de perplejidad y expectación, seguido de un movimiento general de repliegue, al incrementarse rápidamente el tiroteo.

En realidad, los acontecimientos se habían precipitado poco después de que Patrick Hamilton descendiera del vagón. Hizo apresurar el paso a Strong y Wooden, para alcanzar cuanto antes al hombre que se llevaba a Judy, y que si bien volvió la cabeza en dos ocasiones, no mostraba desconfianza.

Se dirigía hacia una casita semiderruida que se alzaba cerca de la vía, poco más allá del último vagón. Instantes después que él, entraron allí los seguidores, sorprendiéndole cuando intentaba amarrar a la mujer.

Pat se abalanzó sobró él, y antes de que se repusiera de su asombro, le propinó un puñetazo entre las cejas, que le dejó inanimado. No podía perder tiempo.

—Yo lo ataré —dijo Strong.

El joven se arrodilló junto a Judith, que les miraba atónita.

—¿Estás herida, querida Judy? —le preguntó anhelante, sin poder ocultar por más tiempo sus sentimientos. Ciñendo su cintura la ayudó a incorporarse, insistiendo—: ¿Te han causado daño?

Ella le miró con ternura.

—No, Pat. No debes preocuparte —de pronto se fijó en la desgarradura de su hombro, y en el tinte rojizo que tomaba su oscura chaqueta—. ¡Tú sí que estás herido! —exclamó, sobresaltada—. He de curarte.

—No, Judy. Ahora, no —repuso él, enérgico—. Quédate aquí, mientras doy fin a mi tarea.

—Yo voy contigo. Te lo prometí —objetó, resuelta.

—Bien. Tú verás lo que haces —dijo contrariado, juzgando que le sería difícil disuadirla—. Vamos, amigos.

Iban a salir, cuando Pat descubrió la silueta de Arístides, el sudamericano, que se acercaba, creyendo sin duda que ya habían

caído los dos pájaros.

—Ése es el cabecilla —indicó Strong.

—Dejádmelo a mí —exigió Hamilton.

Y empuñando el revólver, salió de la cabaña.

—¡Alto! —conminó al espía—. ¡Levante las manos!

Arístides se tiró al suelo, e hizo fuego sobre Pat, sin herirle. Éste disparó también, más no tuvo mejor suerte.

El sudamericano, girando sobre sí mismo por tierra con gran rapidez, se había dejado caer en la vía, y protegido tras las ruedas del penúltimo vagón, volvió a disparar.

Aquello fue la señal para que comenzara la batalla, deslindándose las respectivas posiciones.

Los policías y agentes del

F. B. I.,

habían permanecido en actitud expectante al ver a Hamilton entre sus dos compañeros, y ahora juzgaron que había llegado el momento decisivo.

Mezclados entre los malhechores, todos a una, atacaron a éstos, que tras el primer instante de desconcierto, se defendieron con coraje.

Entre tanto, el grupo de Pat se había dispersado. Wooden y Strong, amparándose en los accidentes del terreno, avanzaron hacia el lugar de la refriega, mientras el pseudo ingeniero y su compañera, parapetados convenientemente, concentraban su fuego, desde distintos ángulos, sobre Arístides.

Éste disparaba sin tregua, pero llegó un momento en que estimó necesario batirse en retirada. Aquel escondite resultaba ya peligroso. Además, le urgía averiguar lo que ocurriera algo más arriba, donde las metralletas crepitaban ya ininterrumpidamente.

Consiguió su objeto deslizándose entre las ruedas hasta salir al otro lado del convoy.

Aunque no dejaba de disparar, Pat advirtió la maniobra, y gritó a Judy:

—¡Vete con Strong y Wooden!

Ella no tuvo tiempo de replicar.

Apretando los dientes para ahogar el dolor que le producía la herida, saltó, emprendiendo rápida carrera, para rodear el furgón de cola en persecución del sudamericano.

El espía se dio cuenta de ello, y masculló:

—¡Maldito sabueso!

Una bala, que silbó lúgubremente muy cerca de su oído, le obligó a agazaparse, y resguardado en un saliente del terreno, disparó a su vez.

Pero Pat, impertérrito, siguió avanzando. Quería dar a su enemigo la sensación de no temerle, de que tenía ganada la partida.

El sudamericano comprendió que no lo era posible enfrentarse con el agente abiertamente, y encorvándose cuanto pudo, corrió zigzagueando hacia donde se hallaban los suyos.

La lucha entre los malhechores y las fuerzas federales había llegado a su punto álgido, y ya se contaban muchas bajas por ambos bandos.

Los sicarios de Arístides Bolívar se batían ferozmente, porque no ignoraban que la derrota equivalía a la silla eléctrica, y por eso, tras la ventaja inicial lograda por los agentes de la ley, gracias al factor sorpresa, la suerte volvió la espalda a éstos. Derrochaban heroísmo y temeridad, pero los del hampa les doblaban cumplidamente en número, aun contando con la colaboración de Strong, Wooden, Judy y los policías de servicio en el tren.

Judy también demostraba extraordinario valor. Se había apoderado de la pistola y municiones de un policía caído, y mantenía a raya a dos hombres que trataban de aniquilarla.

Entre tanto, el jefe de la banda pugnaba por reunirse con sus hombres, más para ello tenía que atravesar un amplio espacio descubierto, porque aquéllos se habían replegado para atrincherarse tras un pequeño desmonte, más allá de donde el fuego devoraba dos vagones.

Y Pat decidió que no debía lograr su propósito. Disparó otra vez, y le gritó con voz estentórea:

—¡Detente o te mataré!

El hombre no atendió la conminación, pero un proyectil que le perforó el pantalón le hizo detenerse en seco, presa de furor homicida.

Giróse rápidamente e hizo fuego, procurando no fallar la puntería.

La bala de su revólver abrió un surco sangriento en la mejilla de Patrick Hamilton, más éste ya había disparado, consiguiendo

incrustar el plomo en el cráneo de su enemigo, que se desplomó pesadamente. Había muerto.

Con movimiento maquinal, Pat se pasó el dorso de la mano por la mejilla ensangrentada.

Varios proyectiles zumbaron ahora a su alrededor y se tiró al suelo, mientras el infernal concierto de las armas automáticas aumentaba en intensidad.

Penosamente, a causa del dolor que le producía el hombro, empezó a arrastrarse entre los matorrales, tratando de coger por la espalda al principal núcleo de «gangsters».

Al fin alcanzó una pequeña eminencia del terreno, desde la que dominaba el campo, y vació su revólver que volvió a cargar enseguida.

Tras sufrir cinco bajas en pocos minutos, los malhechores se dieron cuenta del grave peligro, y repelieron con brío la agresión sin dejar de disparar sobre los que tenían enfrente.

La estratagema de Hamilton también fue advertida por los hombres del

F. B. I.,

que iniciaron un movimiento envolvente para reforzar la posición del joven y reducir aquel foco. Poco después, el extremo de una de las alas del dispositivo, llegó al lugar donde Pat seguía batiéndose con denudo.

El agente que se acercó a él, apareció muy oportunamente. Ya agotaba las municiones, y una bala le había agujereado el brazo sano. Era también un buen tirador con la zurda, pero teniendo herido el hombro izquierdo, había de resignarse a espaciar sus tiros, porque el revólver le pesaba enormemente, y apenas si pudo fijar la puntería. La continua pérdida de sangre le había debilitado de modo sensible.

Y ahora, mientras le vendaban el brazo con un pañuelo, Pat pensó en Judy, su querida Judy. ¿Qué habría sido de ella?

A pesar de aquella maniobra envolvente, la potencia de fuego de los forajidos no decrecía. Luchaban con la furia de la desesperación, sabedores de que no podían escapar.

Por fortuna, un lejano silbido, que fue aproximándose rápidamente, anunció la llegada del tren de socorro que había solicitado por radio el maquinista del tren siniestrado, al apreciar la

magnitud del incendio.

Minutos después, actuaban también los policías que llegaron en aquel convoy, y su intervención inclinó definitivamente la balanza del lado de la ley, después de sangrienta batalla.

Pero Patrick Hamilton no llegó a verlo. Se había desvanecido, exhausto.

EPÍLOGO

Ya por la tarde, el heroico Pat abría los ojos en un hospital de Washington.

En torno a su lecho había varias personas, pero él de momento no pudo reconocerlas, porque un velo gris se interponía entre sus ojos y la luz del sol. El médico le había reconocido de nuevo una hora antes, comprobando el efecto satisfactorio de la transfusión de sangre que le habían hecho. Triunfaba su extraordinaria vitalidad.

Gradualmente, el velo fue desapareciendo, y sus pupilas se fijaron en primer lugar, en la rubia y hermosa Judy, que se inclinaba ansiosa sobre él. Luego, reconoció la figura austera del jefe supremo del

F. B. I.,

al lado de la muchacha. Tras ellos, y al otro lado del lecho, había cuatro o cinco hombres, entre los que vio a Strong y Wooden.

—¿Cómo estás, Pat? —preguntó ella, anhelante.

Él pretendió extender los brazos hacia Judy, pero tuvo que desistir. Le pesaban como si fueran de plomo.

—Creo que estoy bien... —contestó no obstante, esbozando una sonrisa.

—Le devolvemos a Judith Sterling, inspector Carrington —subrayó el jefe, con gesto cordial—. Salió ilesa de la dura refriega, porque el agente Strong, velando por ella, la encargó de curar a los heridos que caían.

Poco a poco, el herido fue recordando cuanto ocurriera. Lo que no acababa de comprender es que le llamara «inspector». Era la primera vez que se le daba tal título.

Con voz grave y mesurada, el jefe supremo siguió hablando, felicitándole por su proeza al llevar hasta allí los preciosos diseños de los estabilizadores, salvándolos de todas las temibles emboscadas que se le habían tendido, y elogiando su denodado esfuerzo e

incomparable arrojo, con los que contribuyera en alto grado aniquilamiento de la más poderosa organización criminal que se había formado en los últimos años.

Douglas Carrington mostró vehemente interés por conocer cómo se había fraguado la gigantesca trampa en que cayeron los «gangsters», y brevemente, para no cansarle, el jefe le dio la clave de todo.

El

F. B. I.,

ya estaba sobre la pista de algunos sospechosos de graves delitos contra la seguridad del Estado, pero sin duda la redada no habría sido tan completa, y el éxito tan rotundo, de no haber recibido una valiosa y detallada confidencia por parte de un hombre apellidado Kastner, a cambio de su inmunidad y traslado secreto a cierto lugar de Austria.

Según manifestó Kastner, su decisión se debía a la certidumbre de un sangriento fracaso, y, ante todo, al deseo de salvar a su mujer y a su hijito, internados en un campo de concentración. El jefe de la organización le tenía dominado bajo la amenaza de matar a aquéllos si no cumplía sus órdenes o intentaba desertar. Y muy particularmente le había inducido a denunciar lo que se preparaba, la evidencia de que debía suprimírsele cuando diera fin la batalla que proyectaban para apoderarse de unos planos.

Ya en posesión de datos precisos, el

F. B. I.,

puso en acción a sus mejores hombres, secundados por agentes de la policía federal.

Pasaron a formar parte de los más importantes grupos de choque, aquellos miembros del

F. B. I.,

que, por llevar ya bastante tiempo conviviendo con gentes del hampa, fingiéndose perseguidos por la justicia, estaban plenamente identificados con ellos, y no corrían el riesgo de ser descubiertos.

Y en un prodigio de coordinación e inteligencia, una legión de detectives y policías, actuó codo a codo con los delincuentes en aquella madrugada sangrienta, apoyando los planes de los espías. Los defensores de la ley tuvieron sensibles bajas, primero en la carretera, luego en el tren, y más tarde, en el curso de la terrible

batalla campal que se desarrolló junto a los restos de dos vagones incendiados.

Desde luego, el siniestro del expreso fue provocado a modo de maniobra de diversión, para captar la atención de los viajeros, y atraer a todos los ferroviarios y policías de servicio en el convoy, mientras apresaban a Hamilton.

Se había comprobado que Arístides Bolívar, el que en vida fue conocido por «El Sudamericano», era, efectivamente, uno de los más significados elementos de la banda de espías. El jefe principal, llamado Hans Schultz, había sido detenido en Inglaterra, con un pie ya en la escala del avión que iba a conducirlo a Alemania, y al ingresar en la prisión se había suicidado, envenenándose. Salah Elzaem Rahman, otro destacado miembro de la organización, hospitalizado en Londres, comparecería ante un consejo de guerra. También fue detenido el hombre que tenían enquistado en el «Intelligence Service». Se conocía su filiación hacía tiempo, y precisamente Sir John Astor lo dispuso todo de forma que pudiera informarse de que la agente Judith Sterling partía hacia Washington llevando unos importantes diseños, cuya naturaleza se le permitió conocer.

Por cierto que el jefe de tal organismo ya había revelado que fue idea de Carrington el procedimiento adoptado para el traslado de los planos.

¡Ah! Y Augustus Watt, el supuesto *steward* del «Constellation», era realmente otro agente del Servicio Secreto de Información inglés, y estaba mejorando de su herida.

Con nuevas frases de encomio, el jefe supremo del. «Federal Bureau of Investigation» se despidió de Douglas Carrington, confirmando el nombramiento de inspector. Los agentes le siguieron, después de prodigar palabras de congratulación y deseo de un pronto restablecimiento.

Y ella y él quedaron solos.

No se había movido de su cabecera mientras el jefe hacía el apasionante relato, y Douglas, que estaba del todo despejado, le hizo señas para que se acercara más.

—Comprendo que una declaración amorosa en mis condiciones, no resulta muy airosa —le dijo—, pero estoy seguro de que muy pronto me curaré. Y enseguida nos casaremos, querida Judy —

aseguró, con voz impregnada de un hálito de amorosa ternura.

Ella se arreboló, emocionada.

—Te dije que te seguiría hasta el fin —recordó palpitante—, y ahora te digo que te acompañaré hasta el fin de nuestra vida, amado mío.

¿Se besaron? Sí, es lo más probable.

FIN

AQUEL AUDAZ AGENTE DEL
F. B. I.

simuló ser un criminal italiano, con el que físicamente se parecía de modo extraordinario. Ingresó en una banda de monederos falsos, y, tras múltiples y emocionantes incidencias, consiguió desenmascarar a los culpables y entregarlos a la justicia.

J. DIXON

el inspirado y popular autor, nos ofrece con el título de:

Remitente, los Angeles

una novela llena de originalidad, interés y emoción, cuyo final se ve llegar con prisas.

La siempre interesante Colección

SERVICIO SECRETO

conseguirá, sin duda alguna, uno de sus éxitos más positivos, con la publicación en su número próximo de:

Remitente, los Angeles

Un libro que recomendamos sin reservas.

**CUALQUIER
MOMENTO ES BUENO...**



**...PARA LEER
El DDT**

**LA PUBLICACION
MAS DIVERTIDA DE
TODOS LOS TIEMPOS**

SOLO CUESTA 2 PTS.

Últimas novedades de EDITORIAL BRUGUERA



COLECCION PIMPINELA

- Núm. 258 - M^a Adela Durango
LA CONDESA DE WILMORE
- Núm. 259 - Isabel Salasña
EL CHICO DE LA GASOLINERA
- Núm. 260 - Lid Ramos
LA MUJER VENCIDA

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 Ptas.



COLECCION ROSAURA

- Núm. 98 - Nylhama
CARICIAS SIN PALABRAS
- Núm. 99 - Carin Tellado
¿Y SONÓ SU FELICIDAD?
- Núm. 100 - Ana Marcela García
UNOS PASOS EN LA NIEBLA

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 Ptas.



COLECCION MADREPERLA

- Núm. 154 - Matilde Redón Chirano
La muchacha del impermeable azul
- Núm. 155 - Nylhama
RAYITO DE SOL
- Núm. 156 - Cristino Luján
EL VIEJO AMOR

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 Ptas.



COLECCION BISTONTE

- Núm. 199 - Peter Doorn
DE LA MISMA SANGRE
- Núm. 200 - Jos Benhett
RIO PEREZOSO
- Núm. 201 - Fidel Prado
LOS DIABLOS ROJOS

APARICION SEMANAL. PRECIO 4 Ptas.



COLECCION SERVICIO SECRETO

- Núm. 62 - Fred Garhan
SEQUESTROS EN NUEVA YORK
- Núm. 63 - Jack Grey
LA MARAÑA SANGRIENTA
- Núm. 64 - Peter Debry
EL VAMPIRO DE BROOKLYN

APARICION SEMANAL. PRECIO 5 Ptas.



COLECCION AUTORES FAMOSOS

- Núm. 19 - Clem Yore
JIMMY DEL MISSISSIPPI
- Núm. 20 - Zane Grey
KEN WARD EN LA JUNGLA
- Núm. 21 - Oscar J. Friend
TIERRAS SANGRIENTAS

APARICION BIMENSUAL. PRECIO 16 Ptas.

■ Últimos volúmenes aparecidos:

○ Volúmenes de próxima aparición:

Precio: 5 pts.



